

## Sumario del Número 360

---

NUEVO TESTIMONIO DE SIMPATÍA DEL SANTO PADRE HACIA LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE. . . . .	283
COREA. — <i>Carta del Sr. Poisnel.</i> — Costumbres del país. — Contienda con las autoridades sobre una construcción. — Mala fe de los funcionarios de Corea. — Triunfo de la justicia. . . . .	285
MADAGASCAR. — <i>Carta del R. P. Taix.</i> — Una nueva leproseria en Alasora. — Interesantes detalles sobre el lazareto de Ambahivoraka. — Un canto fúnebre curiosísimo. . . . .	294
DOS GUINEAS. — <i>Carta del R. P. Lejeune.</i> — La misión de Lambarene. — Resultados alcanzados. — Conversión de un famoso cazador de hipopótamos. — Varios neófitos. . . . .	299
MELANESIA Y MICRONESIA. — <i>Carta del R. P. Verius.</i> — Descubrimiento del río San José por los Misioneros. — Una exploracion escabrosa. — Excelentes disposiciones de los salvajes indígenas. — Esperanzas para el porvenir. . . . .	311
NOTICIAS DE LAS MISIONES. . . . .	343
NECROLOGÍA. — Mons. Lynch. — Mons. Charbonnier. — M. Baudon. . . . .	343
PARTIDAS DE MISIONEROS. . . . .	344

# INDULGENCIAS

Llamamos muy especialmente la atención de los sacerdotes asociados sobre el cuadro de las indulgencias publicadas en la página tercera de la cubierta.

## LES MISSIONS CATHOLIQUES

Boletín hebdomadario ilustrado de la Obra de la Propagación de la Fe

QUE SE PUBLICA LOS VIERNES

*En números de 12 páginas en 4° mayor, á 2 columnas*

CARTAS Y NARRACIONES DE LOS MISIONEROS  
VIAJES. — GEOGRAFÍA, CIENCIAS, ARTES. — MAPAS  
Y GRABADOS INÉDITOS

PRECIO DE SUSCRICIÓN : 10 FRANCOS AL AÑO

Este Boletín se dirige á todas las personas que desean conocer sin retraso las noticias de las Misiones y los detalles variados que no tienen cabida en los *Anales*.

### SE SUSCRIBE

En LYON, en la oficina de las *Misiones católicas*, rue d'Auvergne, 6.  
En PARIS, en casa de V. LECOFFRE, rue Bonaparte, 90.  
En BRUSELAS, en casa de H. GOEMAERE, rue de la Montagne, 52,  
En LIEJA, en casa de SPÉE-ZELIS, rue Vinave-d'Ile, 25.

LAS SUSCRICIONES SE RECIBEN EN LETRAS Ó EN SELLOS DE CORREO

*Se reciben también suscripciones en Lyon, París, Bruselas, Lieja y Londres, para las ediciones extranjeras.*

Edición italiana (hebdomadaria) : *Le Missioni cattoliche*, publicada en MILAN; para Francia, 13 francos.  
Edición alemana (mensual) : *Die katholischen Missionen*, publicada en FRIBURGO (Bade); para Francia, 7 francos.  
Edición holandesa (mensual) : *De katholieke Missien*, publicada en BOIS-LE-DUC; para Francia, 10 francos.  
Edición española (bimensual) : *Las Misiones católicas*, publicada en BARCELONA; para Francia, 16 francos.  
Edición polonesa (mensual) : *Missye katolickie*, publicada en CRACOVIA; para Francia, 10 francos.  
Edición inglesa (mensual) : *The Catholic Missions*, publicada en LONDRES, 27, Wellington street, Strand, para Francia, 3 fr. 75.  
Edición húngara (mensual) : *A Kath Hitterjesztes Lapjai*, publicada en GRAND-VARADIN (Hungria); para Francia, 6 francos.



## NUEVO TESTIMONIO DE SIMPATIA

DE SU SANTIDAD

# EL PAPA LEON XIII

HACIA LA OBRA DE

## LA PROPAGACIÓN DE LA FE

---

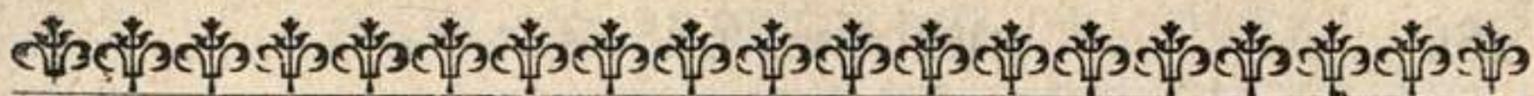
SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII ha dado repetidas veces á nuestra Obra cariñosísimas pruebas de su alta benevolencia, y con gratitud hemos acogido y asentado con noble orgullo en el libro de oro del apostolado cada uno de estos actos solemnes, cada una de las palabras pronunciadas por boca del Jefe supremo de la Iglesia. Así que en esta ocasión no podríamos dejar de mencionar la sublime escena que hemos presenciado en el Vaticano, esto es, la doble recepción de la peregrinación africano-lyonesa. Nuestro boletín hebdomadario, *las Misiones Católicas*, han publicado *in extenso* y oportunamente los discursos pronunciados en esta ocasión por el Santo Padre y por su Eminencia el Cardenal Lavigerie; pero no hemos de pasar en silencio en nuestros *Anales*, aunque sea fuera de tiempo, este nuevo testimonio de soberana simpatía. No hay duda que vamos á repetir lo que ya canocen nuestros asociados; pero así y todo, siempre será para nosotros una gratisima ocasión de ofrecer al Santo Padre la expresión de nuestra gratitud, y de exhortar al mismo tiempo á nues-

tros bienhechores á que se muestren cada vez más dignos de la confianza y de los elogios de León XIII.

El jueves 24 de mayo Su Eminencia el cardenal Lavignerie, rodeado de todos los obispos de Argel y de un gran número de Padres blancos, presentó al Soberano Pontífice las primicias de la Iglesia resucitada de Africa, doce Negros y doce Arabes, y con ellos los peregrinos yoneses, en nombre de su venerable amigo el arzobispo de Lyon. Al comenzar su magnífico discurso el arzobispo de Cártago hizo ver el lazo « íntimo y suave que une Lyon y Africa, Lyon cuna de la Obra de la Propagación de la Fe, y Africa teatro de las misiones más difíciles y abandonadas. » Al contestar Su Santidad León XIII, después de hacer un llamamiento de todos los que tienen en sus manos el poder á una Santa cruzada contra el tráfico de negros, contra la vergonzosa y degradante esclavitud, y después de haber alabado el celo activo é inteligente del gran apóstol del Africa, se volvió hácia los peregrinos lyoneses, que en esta solemne circunstancia representaban toda la Obra, y les dirigió estas palabras.

Vosotros, piadosos católicos de Lyon, tenéis un derecho especial de uniros á esta peregrinación; porque vuestra antiquísima é ilustre ciudad es la cuna de la magnífica Obra de la Propagación de la Fe. Desde que ésta tuvo allí su origen, no ha dejado de prosperar y suscitar continuamente nuevos actos de abnegación. Y si, actualmente, las circunstancias se presentan menos favorables, Lyon y la Francia no permitirán jamás que esta institución llegue á disminuir ó á perder un átomo de su brillo ni de su fecundidad providencial.

Nuestros asociados y amigos, y todos aquellos que escuchan fielmente nuestros llamamientos, acogerán con respeto estas palabras del Soberano Pontífice, y seguirán sosteniendo y propagando esta Obra, que Roma llama la Obra por excelencia, puesto que ella lleva á todo el mundo, á la vez que el nombre de Jesucristo, el verdadero progreso y la verdadera civilización.



# Misiones de Asia

## VICARIATO APOSTÓLICO DE COREA

Desde el año pasado la situación de los misioneros ha mejorado notablemente, y, mediante un tratado firmado entre la Corea y las potencias extranjeras, todo Europeo tiene derecho á *circular* en una parte del reino á favor de un pasaporte expedido por el gobierno. Y aun dentro de la capital nuestros misioneros llevan su traje eclesiástico, sin que esto sea mal visto por los habitantes; pero en la provincia hay que pasar por coreano si es posible. Y como el pasaporte expedido para tal ó cual punto no da derecho para permanecer en él, es preciso tener mucho cuidado, después de una estancia de varios días, en no encontrarse dos veces con un mismo individuo, só pena de ser detenido al momento. Pero nosotros tomamos todas las precauciones posibles para evitar este contratiempo y hasta ahora vamos escapando bien.

Ahora estamos preparando un terreno para construir una Iglesia que será la primera que se ostente bajo el cielo de Corea. Los cristianos trabajan con asombroso ardor; pero el paganismo no deja de ver con malos ojos esta toma de posesión del catolicismo. De aquí que hayan tratado de disputar á los misioneros el terreno en que ha de levantarse la futura iglesia.

Vamos á publicar hoy una relación de todas estas vejaciones, y en ella encontrarán nuestros lectores un curioso estudio de las costumbres coreanas, admirándose al propio tiempo del camino andado por los misioneros; pues que hace pocos años se les amenazaba con el martirio, ayer con la prisión, y hoy ya no se les opone más que las argucias del enredo.

*CARTA DEL SEÑOR POISNEL*

DE LA SOCIEDAD DE LAS MISIONES EXTRANJERAS, MISIONERO  
 APOSTÓLICO EN COREA

## COSTUMBRES DEL PAIS

Seul, 15 de febrero de 1888.

**El motivo de la contienda.**

ACE ya dos meses que hemos dado principio á los trabajos de esplanada de nuestra propiedad de Tjijong-hyen. No dudo que tendrán Vds. gusto en saber las diversas alternativas de gozo y de tristeza con que se ha dignado la divina Providencia sostener y probar nuestro ánimo en esta obra emprendida para gloria suya.

Como el gobierno coreano vé con malos ojos la magnífica posición que la Misión va á ocupar, se le ha ocurrido disputarnos la propiedad del terreno bajo el ridículo pretexto de que al remover la tierra de la colina perturbamos el reposo de los manes de los antiguos reyes de Corea, cuyas tablas figuran en una pagoda vecina; y, á pesar de todos los títulos de propiedad que hemos presentado en él ayuntamiento central de la capital para obtener la legalización de la autoridad, el ministro de negocios extranjeros no ha dudado en afirmar que la colina donde tenemos la osadia de trabajar, es una montaña real y enteramente reservada.

En su consecuencia notificaba al Señor Consul de Rusia, encargado interino de nuestros intereses, que nos hiciera abandonar este sitio, mientras él por su parte procedía al arresto de los súbditos de Corea que habían consentido en vendernos un terreno perteneciente al

Estado. Esta amenaza tuvo su efecto inmediato, y el día de la Purificación de la santísima Virgen eran detenidos los dos corredores que habían intervenido en la compra de la propiedad, á pesar de las cláusulas formales del tratado firmado con Francia, el cual permite á los súbditos franceses comprar y mandar comprar, por medio de cualquiera, en el interior de la ciudad.

Así estaban las cosas cuando Mons. Blanc tuvo la feliz idea de dedicar á san Benito una capilla en la futura iglesia, si el santo nos alcanzaba la gracia de triunfar de todas las dificultades relativas á la conservación de nuestro terreno. Este voto fué pronunciado solemnemente el 2 de febrero.

El Señor Wœber, cónsul de Rusia, nos llamó al Sr. Coste y á mí el día 3, para presentar nuevas pruebas de nuestro derecho de propiedad. Nada fué más fácil que probar con los documentos en la mano, que el terreno que nosotros habíamos comprado, había pasado por una serie de propietarios particulares, y por consiguiente caía por su base la pretensión de que la colina era una propiedad reservada; pero quedaba por vencer la afirmación capciosa de que no se podía permitir tocar la colina, porque se oponía el *Tjyu-san*<sup>1</sup>.

#### Una discusión borrascosa.

El día 14 pasé toda la mañana redactando dos documentos en francés y en chino, que el cónsul de Rusia me había pedido para probar que el terreno pertenecía á simples particulares desde tiempo inmemorial. Gracias á Dios, yo había conseguido procurarme documentos

<sup>1</sup> *Tjyu-san* (Senora-Montana), expresion supersticiosa que emplean para designar la montana en que se apoyan una villa, una casa ó un monumento cualquiera; montana que ellos veneran como protectora de sus habitantes.

incontestables, y cuando me disponía á enviarlos á la legación de Rusia, vinieron á prevenirme la llegada de empleados del ministerio de negocios extranjeros. En la creencia de que serían algunos agentes que venían, como ya lo habían hecho antes, á intimarme la órden de suspender los trabajos, iba dispuesto á mandarlos de nuevo á paseo; pero supe entonces que no se trataba de una visita de agentes ó de satélites, sino de la presencia del Sr. Wœber, cónsul de Rusia, del Sr. Denny, consejero del rey y del ministro de negocios extranjeros que venían á zanjar la cuestión sobre el terreno mismo. Estos señores habían pasado la mañana discutiendo nuestro asunto en el ministerio de negocios extranjeros, y los había traído al mismo terreno para probarles, á lo que parece, que éramos unos ladrones, apoyándose en que podía demostrar por un texto de los archivos del templo que la propiedad que habíamos creído comprar á simples particulares, era una montaña real... Así pues íbamos á quedar confundidos...

La situación se hacía muy crítica. A pesar de todo los Srs. Wœber y Denny entraron directamente en la procuraduría, y tuve tiempo de comunicarles los documentos redactados por la mañana. Pero el ministro coreano, negándose á entrar en una morada profana como la nuestra, se dirigió directamente con su escolta de soldados á la cresta de la colina, amenazando á los trabajadores con la prision y la muerte. Acudimos nosotros inmediatamente y ya habían huido asustados los trabajadores, ó se habían mezclado al tropel de curiosos que acudían de todas partes á ver el desenlace del asunto.



Quise yo entonces dar en presencia de los funcionarios del ministro las explicaciones convenientes sobre la lega-

lidad de nuestros títulos de propiedad; pero el ministro, á quien no gustaban estos datos, trató de cortarme la palabra, echándome de reojo una mirada furiosa, y señalándome después á un séquito con aire desdeñoso, preguntó :

— ¿Quién es este individuo?

— Yo soy, le contesté, el propietario del terreno.

— Pues no tengo nada que ver con él, repuso encolerizado; yo no reconozco aquí más que al cónsul.

— Entonces yo me entenderé con el cónsul, le repliqué yo á mi vez.

A la derecha del ministro estaba uno de sus consejeros que parecía ser el instigador de la cuestión. Este tal personaje me preguntó por qué habiendo comprado algunos meses antes los terrenos, no había enviado á legalizar los papeles hasta última hora.

— Porque ignoraba completamente semejante formalidad, le contesté yo; además, no consta en el tratado la formalidad de legalizar los documentos en el tribunal de la alcaldía. Esto no obstante, desde que el Sr. cónsul de Rusia nos informó de que ésta era la costumbre, mandamos todos los documentos al efecto. Así, pues, no hemos caído en falta.

— Cuando uno viene á un país extranjero, refunfuñó este hombre, hay que someterse á las leyes en vigor.

— Si, pero siempre es preciso conocerlas para obrar en conformidad... Y luego añadí : pues vaya un gusto que puede uno tener en presentar á Vds. ningún documento, cuando tan pronto como el tribunal tuvo entre sus manos nuestros títulos de propiedad, lo primero que hizo, fué mandar detener á los dos intermediarios de la venta de los terrenos! Uno de ellos ha sido puesto en libertad ayer por la mañana; pero el otro continua preso. De modo que si en lo sucesivo tenemos necesidad de

comprar una casa ó un terreno cualquiera, nos será imposible encontrar un corredor para hacer la compra; toda vez que ya ven que se les pone presos al mezclarse en nuestros negocios... ¿ Son acaso conformes al tratado estos procedimientos de intimidación?

Como nada tenían que contestar se callaron la boca.

A su vez el ministro se despachaba á su gusto contra nosotros diciendo: « que nosotros habíamos removido la montaña, una montaña á la que no se puede tocar, puesto que es el Tjyu-san del templo en que se veneran los manes de los antiguos reyes: que el Estado sufriría evidentemente graves perjuicios », y otras sandeces por el estilo.

— ¿ No es evidente, concluía él con aire de superioridad, que este terreno es propiedad del Estado?

A lo cual no pude menos de contestar:

— No sólo este terreno es ó pertenece al Estado de Corea; sino todo lo que está *intra muros* y *extra muros*, es propiedad del Estado, así como las ocho provincias que componen el reino. Pero esta no es la cuestión; pues entonces sería imposible, partiendo de este principio, que los extranjeros comprasen ningún terreno en Corea, á pesar de permitérselo el tratado.

#### **Mala fe evidente y probada.**

Mientras estábamos en estas contestaciones, el Sr. Coste informaba á los Sr. Wœber y Denny sobre el carácter de propiedad privada del terreno en cuestión, puesto que, según confesión de todos los habitante del barrio, había pasado por una serie de propietarios particulares, como la probaban también las ruinas de las casas demolidas en 1882. Estos señores no tenían la menor duda que nuestro derecho era incontestable; pero á pesar de esfor-

zarse en hacérselo comprender á las autoridades coreanas, éstas no lo querían entender; sino que ponían siempre por delante su Tjyu-san supersticioso, y pretendían que existían en los archivos del templo un documento comprobante, en el que se declaraba que la colina en cuestión era una propiedad real y reservada: y á este efecto el ministro dió orden de que trajeran los archivos de la pagoda real.

En este momento se presentó en el teatro de la tienda Mons Blanc, á quién yo habia mandado llamar, rogándole que se presentara al momento; así que esta cuestión capital se iba á decidir en el acto á favor ó en contra nuestra. Los Sres. Wœber y Denny presentaron á Su Il<sup>ta</sup> sus respetos; pero el ministro tuvo la insolencia de no contestar al saludo del Sr. Obispo, sin duda por creerse seguro de darnos un mentís público... Lo cierto es que el documento comprobante no llegaba, y el emisario enviado á buscarle volvió balbuciendo que el guardián de los archivos estaba ausente... y otros fútiles pretextos que dejaban en mal lugar al ministro.

— Vé y tráeme el libro, gritó éste fuera de sí, sin admitir ninguna réplica; y el infeliz emisario desapareció corriendo impulsado por los groseros insultos de los agentes que le decían á una voz:

— Vé volando, miserable, y tráele pronto.

A todo esto la discusión continuaba con ardor, ya en francés, ya en inglés, ora en coreano, ora en ruso, entre el obispo, el cónsul, el ministro y los intérpretes. Por fin llegó el momento solemne; el emisario todo sofocado se presentó con un librote escrito en chino, y se le entregó al ministro. En este momento era cosa de ver el aire de triunfo de toda esta gente. En fin, abren el libro, le hojean en todos sentidos, y se detienen en una página que contenía el texto que debíá confundirnos. Entonces

el ministro indicó con el dedo á Su Il<sup>ta</sup> una línea de caracteres al pie de un artículo, como prueba concluyente del derecho del Estado sobre el terreno.

Su Il<sup>ta</sup>. examina el texto en medio de un profundo silencio general. Mas ¡ cuán débiles son las astucias del infierno ante los designios de Dios ! Al primer golpe de vista notó Su Il<sup>ta</sup>. que el famoso texto estaba recién escrito, mientras que las líneas anteriores estaban impresas después de largo tiempo; y pasando el libro al cónsul de Rusia le dijo :

— Vea V. lo que tienen la desvergüenza de presentarnos; un texto escrito con depravada malicia para la presente circunstancia.

Los Sres, Wœber y Denny, y por fin todos examinamos el escrito, y todos nos persuadimos que estábamos en presencia de un engaño manifiesto.

— ¿ De cuando data este escrito? preguntó Su Il<sup>ta</sup>. al ministro. ¡ Vea V. á ver si esta escritura no está aun reciente !

El pobre ministro, cogido en su lazo, no supo que contestar. Entonces el Sr. Wœber, indignado de un proceder tan inicuo, se apoderó del libro y, en un arranque de cólera fácil de comprender, arrancó la página falsificada en presencia del ministro y de todos los espectadores, y luego arrojó el libro á la cara de la escolta del ministro, dándole á entender á este, sin hablarle una palabra, todo el fondo de su pensamiento.

La insolencia provocativa del ministro desapareció, como por encanto, y á la cólera que momentos antes había dejado ver, sucedió la confusión y el bochorno, quedando todo el mundo consternado.

¿ Es ésta, exclamó Su Il<sup>ta</sup>., la conducta de un noble Coreano?

El pobre hombre quedó avergonzado, y nadie se

atrevió ya á invocar ningún otro pretexto. ¡Llor á san Bénito que desea visiblemente que se le dedique una capilla en nuestra futura iglesia!

Así había terminado esta escena trágica, y el asunto pasó á tomar después un sesgo más cómico. Mientras que el guardian de la pagoda se volvía con las orejas gachas llevando sus sagrados archivos, Mons. Blanc tuvo la feliz idea de proponer al ministro que entrara á reponerse de sus emociones en el recibidor de la procuraduría. Verdad es que no le quedaban ganas de poner en él los pies; pero, arrastrado casi por Su Il<sup>ta</sup>ma., no pudo menos de seguirle, aunque haciendo de tripas corazón. Le ofrecimos un vaso de vino para calmarle, y luego un cigarro, cosas que aceptó de buena gana.



Véase por qué serie de circunstancias, por primera vez desde que hay sacerdotes en Corea, uno de los funcionarios más elevados del Estado ha puesto los pies en una casa de la Misión, creyéndose muy obligado á hacernos toda clase de cortesías. Al dar la mano á Mons. Blanc, al Padre provicario y á este su servidor, se parecía á un tigre enjaulado á quien hubieran arrancado los dientes y las garras. Al propio tiempo manifestó deseos de que en adelante nuestras relaciones fuesen lo más amistosas, tomó con interés nuestro nombre y dijo que se creía dichoso con habernos conocido. ¡Que acto tan sentimental y sincero, eh! Ya que el solapado no había podido recabar de Mons. Blanc la promesa de concederle, espontáneamente, el emplazamiento que no había conseguido por la astucia, se ofreció á legalizar los documentos y se retiró diciéndonos: «Hasta la vista», sin duda porque le había parecido magnífica la primera entrevista!...



# Misiones de Africa

VICARIATO APOSTÓLICO DE MADAGASCAR

Ya nos hemos ocupado varias veces del hermoso establecimiento que los Rev. Padres Jesuitas han fundado junto á Tananarive, para los imposibilitados y enfermos más desgraciados y abandonados. La carta siguiente nos suministra nuevos detalles sobre esta leproseria de Ambahivoraka, y al mismo tiempo nos hace ver la urgencia de otro establecimiento del mismo género en la parte sur de la provincia central de Madagascar. El autor de la carta, que es á la vez un pintor de fama, envia adjunto un dibujo, cuya reproducción tenemos gusto en acompañar.

## *CARTA DEL R. P. A. TAIX*

DE LA COMPANIA DE JESUS, MISIONERO EN MADAGASCAR

Tananarive, 1º de marzo de 1888.

 N día, allá á fines del mes de noviembre último, había reunido yo, á pocos pasos de la iglesia de San Lorenzo de Alasora, cuatro infelices leprosos de la localidad, con el fin de instruirles en las verdades de la fe, distribuyéndoles al mismo tiempo algunos socorros pecuniarios. Ocurrióseme entonces escribir á Vds. y dibujar á lapiz esta corta visita ó lección de catecismo en un campo abandonado á estos pobres enfermos.

El paisaje abarca el bosque sagrado de Alasora, de donde se destaca la construcción del templo de los Inde-

pendientes ; en el fondo se levantan las montañas vecinas de Ambohijanaka y de Antsahamaina, á cuyo pie se estienden los grandes arrozales regados por el Sisaona. En primer término figuran dos niñas de la escuela, que, sentadas en la yerba, escuchan de lejos la explicación del misionero. Las cuatro leprosas acurrucadas en el suelo tratan de repetir pasablemente : « Yo creo en Dios, en Nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu Santo ; creo en la Santa Iglesia católica ; creo en la vida perdurable, etc. » La primera de la derecha, más torpe que sus compañeras, se esfuerza inútilmente por hacer la señal de la cruz. (*Véase el grabado.*)

Estas cuatro noéfitas, primicias de una nueva leproseria católica, han recibido el santo bautismo el 3 de diciembre, fiesta de san Francisco Javier, en el mismo sitio en que las ven Vds. formadas, cerca de su miserable rincón. Este fué para ellas el día más dichoso de su vida. Los pocos cristianos ó transeuntes que se paraban á contemplar la ceremonia, quedaban asombrados de que estas pobres infelices fueran favorecidas con semejante dicha. A cada una se le distribuyó un gran lamba blanco y una pequeña cantidad para procurarse una comida relativamente suntuosa.

Desde hoy tengan Vds. presentes á Magdalena, á Maria, á Margarita y á Mariana. Por de pronto les hace falta un refugio capaz y cómodo, y después se les construirá una capillita ; entonces los enfermos dispersos acá y allá, abandonados en chozas á que nadie se atreve á acercarse, vendrán á buscar aquí un asilo, donde hallarán el remedio del cuerpo, el consuelo y la salud del alma.

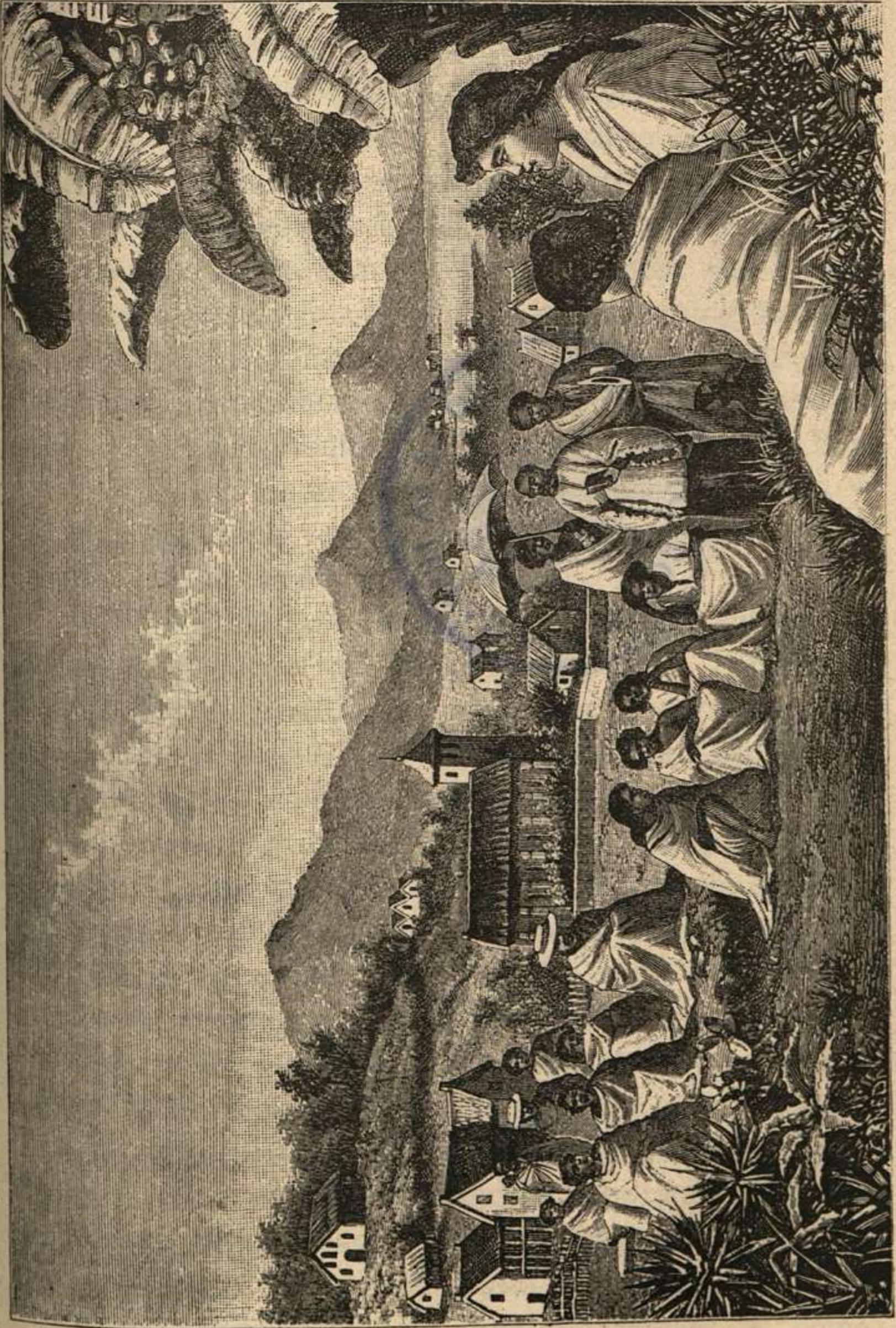


Vamos á ocuparnos ahora de la gran comunidad de Ambahivoraka, que contiene por término medio ciento seis personas. Éste es, por otra parte, el maximum de enfermos que caben en el establecimiento.

¡ Cuántas otras personas vendrían á llamar á las puertas del sanatorium, si éste fuera más grande! A pesar de la imposibilidad absoluta de acceder á la petición de muchos de estos infelices, hemos visto familias que abandonaban en la puerta del establecimiento á sus padres exclamando : « Puesto que tienen un corazón tan duro que se niegan á admitir estos leprosos, que les sirva al menos de castigo el espectáculo de su angustia y de su muerte. »

Son muchos los leprosos desparramados por el Ime-rina, que viven privados de los auxilios de la religión, y sin que nadie les dirija una sola palabra que pueda consolar su alma. Lo más que hacen sus parientes más cercanos, es darles algunos andrajos, una escasa ración de arroz y aun alguno que otro regalito.

En Ambahivoraka su situación es muy diferente. Aquí la desgracia tiene sus encantos y poesía, y los leprosos forman una sociedad tranquila y alegre. Nótese bien que esta no es exageración; yo mismo he vivido en medio de esta buena gente, y, si Dios quiere, no tardaré en volverlos á ver, para instruir á los nuevos admitidos. Allí he visto, pues, el efecto que pueden operar en una alma la fe, la esperanza y el amor. La religión y la comunidad de sufrimientos en unión de Nuestro Señor Jesucristo les hacen olvidar su condición de leprosos. Tienen también sus fiestas, sus juegos y sus cánticos, y son,



LEPROSOS DE MADAGASCAR



además, los niños mimados de la mayor parte de los extranjeros, particularmente, de esas personas distinguidas que tienen á honra interesarse por la Misión católica. Unas veces, el Ministro residente general, Señor Le Myre de Villers, viene á visitarles distribuyéndoles algunos socorros : otras, Monseñor Cazet, vicario apostólico de Madagascar, viene á repartirles nuevos lambas, determinando y asegurando la distribución de víveres. Puede decirse que Ambahivoraka es un verdadero paseo para las almas celosas que desean hacer meritorios sus días de reposo y de solaz; así más de una vez viene á la leprosería, para asistir á los actos religiosos de los enfermos, toda la comunidad de nuestras Hermanas de San Jose de Cluny. En fin, los mismos oficiales franceses y los agregados á la residencia general han subido igualmente las alturas de Ambahivoraka.

Mas si los extranjeros contribuyen tanto á calmar los males inherentes á su condición de leprosos, ¿ no deben éstos, por su parte, unir sus esfuerzos para ayudarse mutuamente el día ó la hora en que les falte la caridad del prójimo? ¡ Ah! sí; bien saben ellos lo que cada uno debe á su semejante y lo que cada uno se debe á sí mismo.

Así es que, tan pronto como cae uno gravemente enfermo, ó que da señales de próxima agonía, todos se apresuran á preguntar por su estado, y los más hábiles hacen de médicos y enfermeros. Visitan con frecuencia al moribundo, asean y ventilan su alcobita y le ofrecen todo lo que le pueda aliviar. Y tan luego como exhala el último suspiro, toman las medidas y disposiciones para el servicio fúnebre, amortajan el cuerpo con buen cuidado y le colocan religiosamente en una esterita de las más limpias, sin olvidarse nunca de poner un rosario entre las heladas manos de aquel que lloran ya, como á un hermano arrebatado á su amor.

Y mientras que en un campo inmediato uno de los más fuertes abre con trabajo una fosa, que desgraciadamente suele ser poco profunda, el resto de la comunidad viene por grupos á llorar, cantar y rezar el santo rosario. Mas no vayan Vds. á creer que se trata aquí de canto en latín ni siquiera en malgache, adaptado para la gravedad de la circunstancia; no, antes bien está admitido que se debe cantar todo lo que se sepa, repasando todo el repertorio.

Un hecho, entre otros muchos, servirá para convenirse de ello. Un día, á la salida de una misión, tuve que presidir la sepultura de dos víctimas de la lepra; y, mientras que el cortejo silencioso y cabizbajo se dirigía hacia el cementario improvisado, ¡cuál no fué mi sorpresa al oír al corifeo entonar con voz firme y segura la estrofa siguiente.

¡Oh nuestra Madre dulce y clemente,  
Dígnate admitir este ramillete!...

Confieso que en el primer momento me quedé suspenso; pues á la verdad había por qué; pero luego reflexioné y me dije interiormente: *Deus autem intuetur cor*. Además, si bien se piensa, no carece de cierta oportunidad la tal estrofa. ¡Qué! ¿no es cierto que el alma del justo es para María como un ramillete de suavísimo olor?

¡Dígnese la divina Providencia seguir bendiciendo á este pobre pueblo, secundando los esfuerzos de los misioneros, sus padres adoptivos! Mas, antes de concluir, vuelvo á insistir aquí en que la leprosería del Norte reclama una sucursal en el sur, esto es, en las cercanías de Alasora. Éste sería para nosotros un medio eficaz de dar mayor extensión y asegurar más el reino de Jesucristo entre los habitantes más abandonados y más dignos de compasión del Imerina.

## VICARIATO APOSTÓLICO DE LAS DOS GUINEAS

La estación de San Francisco Javier de Lambarene se halla establecida junto al río Ogowe abierto hace muy pocos años á la civilización cristiana, y en cuyas márgenes han echado ya los primeros cimientos de varias cristiandades importantes los Padres del espíritu Santo. Mons. Le Berre, actual jefe del vicariato apostólico del Gabon, sucedió en 1877 á Mons. Bessieux, el venerable fundador de esta gran misión de la costa occidental del ecuador africano.

*CARTA DEL R. P. LEON LEJEUNE*

MISIONERO DE LA CONGREGACION DEL ESPIRITU SANTO Y DEL SAGRADO CORAZON DE MARIA, AL SUPERIOR GENERAL DE LA MISMA CONGREGACION

**Misión de San Francisco Javier  
de Lambarene.**

Lambarene, 2 de marzo de 1888.

MI MUY REV. PADRE,



HERMITA V. al último de sus hijos que bajo el sol abrasador del Africa se consagran á la obra de la conversión de los Negros, que le entretenga algunos instantes sobre la Misión de Lambarene, en las márgenes del Ogowe.

Cuatro palabras, primero, acerca de nuestro establecimiento.

**Del establecimiento de la misión.**

Nuestra casa se apercibe de lejos, porque está situada en la meseta de una suave colina cubierta de plátanos y maniocs, con magníficos paseos sombreados por cocoteros, manguiers y avocateros, plantado y cultivado todo por los mismos misioneros.

Sin disputa, éste es el punto más bonito de este país. En él abundan los naranjos, y tanto este fruto como las mandarinas y barbadinas suministran un excelente postre á todos los blancos de la región. Más aun, nuestras mandarinas son exportadas hasta el alto Ogowé. Todas las legumbres de Europa, tales como frijoles, berzas, coliflores, etc., fructifican admirablemente en nuestra huerta. No hay que pasar en silencio tampoco nuestro corral bien provisto de gallinas, patos, conejos, cabritos, corderos, pichones, etc., cosas que son para nosotros de grandísimo recurso, toda vez que el país es poco abundante en caza.

**Nuestros chicos. — Primera comunión.****La vieja Mónica.**

Nuestro establecimiento entretiene unos cincuenta chicos de seis á quince años, de todas las razas. Todos comen con voraz apetito, juegan con suma algazara y trabajan con no menos ardor en la clase, en el desbroce del bosque y en las plantaciones. Durante las horas de recreo se entretienen en hacer casitas parecidas á las de los Europeos, en construir vaporcitos, etc., etc.

Casi todos acaban de hacer la primera comunión y de recibir el sacramento de la confirmación de manos de Mons. Le Berre.

Entre los confirmados figuraba la buena anciana Mó-

nica, paralítica de todos sus miembros, que había recibido el santo bautismo el día de Navidad, habiendo sido preciso ir á buscarla á su choza con un carretillo, porque deseaba á todo trance ser bautizada en la iglesia. Así que, habiendo sabido que Monseñor iba á administrar el sacramento de la confirmación, pidió que la llevaran á la casa del Señor; mas como nadie podía ir á buscarla, abandonó por sí sola su duro lecho y desde la aldea vino hasta aquí á rastras.

#### **Cuadro de los resultados obtenidos.**

Como V. vé, ni nuestros fatigas, ni los sacrificios de los amados asociados de la Propagación de la Fe, están lejos de ser infructuosos. He aquí un resúmen de los resultados alcanzados hasta hoy por nuestra misión de San Francisco Javier :

1° Se ha formado una cristiandad de más de quinientas personas, cuando hace muy pocos años todos los habitantes eran idólatras ó fetiquistas;

2° Todos los chicos encuentran buena acogida en las factorias por su honradez, celo y fidelidad con que sirven. No hay nadie que no deposite en ellos una completa confianza, encomendándoles los almacenes y los libros. Así es que no podemos satisfacer todas las peticiones que nos dirijen respecto de estos chicos.

Hasta los más feroces Pahuinos concluyen por civilizarse. Hasta hace poco todo lo que habíamos intentado sobre este particular, no había dado ningún resultado. Los mismos chicos se largaban á los ocho ó quince días de estar en la Misión, llevándose consigo cuanto estaba al alcance de sus garras: cuchillos, calzones, tabaco, platos, etc. Mas á la hora presente hay unos doce que saben ya las tres partes del catecismo : los misterios, los mandamientos y los sacramentos de la santa Madre

Iglesia. Cuatro han recibido el bautismo por Navidad, y los otros le recibirán por Pascuas. Dos han pasado todo el silabario, empezarán dentro de un mes á leer correctamente y no tardarán en saber contar.

De modo que no ha mucho teníamos necesidad de ir en busca de los chicos, y ahora ya no podemos admitir á todos los que se presentan.

#### **Conversion de un famoso cazador de hipopótamos.**

Permítame V. que le refiera la conversión del cazador de hipopótamos más famoso del país situado en la parte superior de la caleta de Fernand-Vaz, en donde el Ogowe cambia enteramente de aspecto. Este individuo se llamaba *Ofanginoveni*, que en la lengua de los naturales quiere decir *Tú te causas miedo á tí mismo*. Tenía nada menos que seis mujeres. Su reputación se extendía del uno al otro extremo del río. Y como era uno de los Galoas más ricos en ropa y en armas de pistón ó de piedra, todo el mundo le admiraba y le temía. Mas su riqueza y popularidad fueron causa de su perdición; porque se granjeó no pocos envidiosos y no faltó un malvado que envenenara su bebida. El pobre Ofanginoveni se sintió inmediatamente enfermo, y sus mujeres le trasportaron á un bosque retirado para sustraerle al furor de sus enemigos.

Llegó á oídos del misionero esta noticia y se echó á buscar á este infeliz, sin conseguir ningún resultado durante dos días, hasta que por fin un chico de la Misión apercibió en una barranca á cierta distancia de un villorrio algunos ramos de palma hincados en tierra y cubiertos con anchas hojas de helechos.

— ¡Calla! se dijo el chico, allí hay un mosquitero entre aquel follaje; sin duda debe ocultarse en él algún enfermo.

— Entonces, una mujer con aire descompuesto gritó de lejos : Minise, no te acerques, porque hay una mujer que se está bañando aquí.

— Bueno ; pues aquí esperaré un rato.

Así se posó media hora y luego una, hasta que el Padre se apercibió que le engañaban. Entonces se acerca resuelto, separa las hojas y levanta el mosquitero, descubriendo así al pobre Ofanginoveni.

— ¡ Hombre ! ¡ qué flaco te has quedado, Ofanginoveni !

— ¡ Ah ! me estoy muriendo : alguno me ha matado.

— Entonces, prepárate á ese gran trance.

— ¿ Y qué quieres que haga yo ? Ya no puedo ni hablar, ni andar, ni comer ni dormir. Dios es bueno ; y yo por mi parte ni he matado ni robado á nadie.

— Si ; pero tú tienes seis mujeres, y Dios ha dado esta ley : « Un hombre, una sola mujer. »

Mientras tanto, una de las mujeres de Ofanginoveni maldecía al misionero con el siguiente vocabulario :

— ¡ Ojalá te mueras este año, tú, tu padre, tu madre, con todos los chicos de la Misión, sus padres y sus madres !

Cállate, le dijo el mismo enfermo ; los minises no saben hacer más que el bien ; estos son los hombres de Aquel que está allá arriba.

— Sí, mi buen Ofanginoveni, prosiguió el misionero ; ellos poseen la palabra de la vida eterna.

— ¡ Ah ! minise, sálvame, bautízame.

Mas como el enfermo podía vivir aun quince días, lo más prudente era esperar un poco. A los dos dias el misionero volvió á ver á Ofanginoveni, y se encontró con que todas las mujeres se habían ido á casa de sus padres, y no quedaba más que su propia y legítima mujer. El pobre enfermo había sufrido terribles luchas de

parte de sus hijos y de sus hermanos, y luego de sus mujeres, que iban á quedar deshonoradas para toda su vida. Los reyes y los principales personajes de las aldeas habían acudido á su vez; pero sin conseguir quebrantar la fe del bravo cazador de hipopótamos. Cuando el sacerdote derramó sobre su frente el agua santa de la regeneración, pronunció repetidas veces con voz clara é inteligible estas palabras : « ¡ Oh, vosotros, hombres y mujeres, á quienes he ofendido, perdonadme! »

#### **Bautismo de un joven Galoa.**

Nuestros chicos antiguos y hasta nuestros mismos obreros nos ayudan admirablemente en nuestro ministerio espiritual. Subiendo agua arriba hay un villorrio llamado Singagou, en el que he podido enviar un joven al cielo, á juzgar piadosamente. A este pobre infeliz no le quedaban más que tres ó cuatro días de vida, cuando tuve la suerte de encontrarle. Al llegar á esta aldea, yo había preguntado si en ella había algún enfermo.

— No, me respondieron, aquí no hay ningún enfermo, todos están sanos y buenos.

Pero uno de nuestros obreros me dijo entonces :

— Ven acá, Padre, aquí hay un joven que ha sido herido por los Akelais.

Efectivamente, este pobre hombre había recibido un balazo en el ojo derecho, y no habiendo podido efectuarse la extracción de la bala, se había declarado la gangrena y el enfermo estaba perdido.

Todos los vecinos empezaron á insultar al buen jornalero que me guiaba, pero yo seguí adelante sin hacer caso. Cuando llegué á la cabaña en que deseaba entrar, encontré la puerta cerrada con llave; pero forcé un poco el candado, cedió éste y me colé adentro. En esto acudió

el rey, á quien no faltaba más que las insignias de autoridad y un código.

— En nombre de la ley, exclamó, sal inmediatamente de aquí.

— ¿En nombre de qué ley? repliqué yo.

— De la nuestra, de los Galoas.

— Pues bien, en nombre de Dios yo te mando que te calles y salgas fuera.

Salió, pues, refunfuñando, y yo pude instruir á mi gusto y bautizar á este pobre enfermo.

#### **Bautismo en Lambagenu.**

He aquí otro rasgo de nuestros chicos de la Misión, que tuvo lugar en este mismo viaje que hice desde la embocadura del Ogowe hasta Lamberene. Eran cerca de las diez cuando atracamos frente á Lambagenu, y al momento nos vimos rodeados de piraguas cargadas de plátanos, gallinas, huevos, caimán curado al humo, etc. En una de estas piraguas venía un antiguo alumno de la Misión, llamado Pedro María.

Dirigióme la palabra en francés y me dijo que su hermanita estaba gravemente enferma y casi en la agonía, pero que aun no había recibido el bautismo. Inmediatamente entro en la primera canoa que se me presenta, sin hacer caso á que este frágil esquife es sumamente pequeño y lleno de averías, sino á la feliz ocasión de salvar un alma.

Los padres de la infermita se alegraron mucho en verme, y oían entusiasmados á su hijo Pedro María explicar en su lengua los maravillosos efectos del bautismo que conduciría á su hija á otra vida mejor, donde no existen ni sufrimientos, ni lágrimas, ni penas de ninguna clase. ¡ Con qué gozo derramé yo el agua regeneradora sobre

la cabeza de la tierna enfermita! Dos horas después, Dios la llevaba al paraíso de las delicias eternas... Entonces todos querían que bautizara á cuantos niños había en la aldea, pero esta estaba algo lejos de la Misión, y tuve que contentarme sólo con suspenderles del cuello una medalla de la santísima Virgen.

Cuatro meses después volví á Lambagenu á bautizar otra niña de cuatro años, que ya murió también, y una vieja hechicera consumida por los años y los achaques, la cual estaba cansada de la vida, porque era ya un *vejestorio* y porque sus fetiches no habían podido preservarla de las arrugas ni devolverle los cabellos de sus quince años. ¡Pobre vieja!...

« Yo ya no deseo otra cosa, me decía, sino ver á nuestro Padre que está en los cielos, en la esperanza de que estando con él no volveré á verme expuesta ni á envejecer ni á morir. »

#### **La aldea de Uimbiano.**

Vaya V. siguiéndome todavía en mis excursiones apostólicas, que ya nos detendremos en Uimbiano cerca del Orembo-Lie.

Hace no pocos años que esta sola aldea contaba dos mil habitantes, y se llamaba con fiero orgullo el pueblo de los misioneros católicos. Y efectivamente, la mitad de nuestros chicos y de nuestros jornaleros procedían de aquí, á pesar de la proximidad de una Misión protestante establecida en Elowé. Uimbiano poseía magníficas cabañas con entarimados de bambú, con camas bajo la veranda ó galería y todas las comodidades que puede uno hallar en casa de un negro. Uimbiano era el primer pueblo de toda la vega por su población, por la fertilidad de su suelo, sus riquezas, sus cabritos, sus borregos y sus aves. Pero una desgraciada expedición vino á con-

cluir con toda esta prosperidad y el pueblo quedó reducido á cenizas con otros tres villorrios más.

Uimbiano empieza hoy á levantarse de sus ruinas, y los misioneros, mediante algunos socorros, han podido seguir ejerciendo su ministero entre estos pobres habitantes. Vamos á citar aquí los nombres de algunos cristianos.

En primera línea figura el viejo Nicomedes, esclavo que había abandonado la cabaña de su amo, buscando un asilo seguro en la Misión. Éste es un neófito ferviente que no dejaría impune al atrevido que intentara arrancarle el rosario ó burlarse de su medalla. Viene después Felix, muchacho de doce años, cuya historia interesante damos á continuación.

#### **Historia del muchacho Felix.**

Desde sus primeros años Felix había sido ofrecido al diablo, y su padre le ponía fetiches en los pies, en las manos, en el cuello, en la cintura, en el pecho y hasta encima de la cabeza. Además, su vida dependía de un árbol del bosque, el más gordo y más alto de toda la comarca.

A los seis meses de estar Felix en la Misión, sus compañeros habían recibido el santo bautismo, y aun algunos habían hecho la primera comunión, despertando la envidia de nuestro jóven, que no tardó en pedir el bautismo.

— Padre, decía, bautízame; yo quiero ser cristiano.

— ¡Cómo! en eso piensas, hijo mío : ¿ y tus fetiches ?

— ¡ Ah! mis fetiches, eso no importa ; ya he tirado la mayor parte al río.

— ¿ Y el que está en el árbol ?

— ¡ Oh! ese, si le toco, quedo muerto en el acto.

— ¿ Cómo muerto ?... ¿ Ves ahora que es imposible concederte el bautismo, puesto que crees y confías en las cosas del diablo ?

A los pocos días vino conmigo el chico á hacer una visita á la aldea.

Sus padre y toda su familia estaban allí.

— Papá, dijo Felix, yo deseo ser cristiano y quemar todos mis fetiches.

— Cállate, desdichado, exclamó toda la familia; ¿de-seas acaso morir?

— La muerte no me asusta: para un cristiano la muerte es la vida.

Su padre le habló entonces de esta manera:

— Hijo mío, mi querido hijo, mi gloria, mi esperanza, mi único sostén, ¡oh! quédate en casa; ¿quieres acaso vivir de otro modo que nosotros los Galoas? ¿Quieres destruir nuestros únicos protectores? Dios es quien nos ha dado estas costumbres y estos fetiches. ¿Olvidas por ventura que vas á morir y que yo, tu madre, tus hermanos y hermanas, todos moriríamos contigo?

— ¡Oh! yo no tengo miedo á la muerte; lo que me causa miedo es ir al infierno, si llego á morir antes de haber quemado mi fetiche. Ea, hasta la vista, papá, voy á buscarle y ya verás si muero. Ya verás que soy un hombre y que no tengo miedo á eso que está privado de fuerza y de vida. Sígueme, minise.

Y con aire resuelto toma el muchacho el camino que conduce al fetiche. Al poco trecho desapareció el sendero y tuvimos que internarnos en el bosque á través de espesísimas plantas trepadoras y de apiñados matorrales. Así fuimos caminando más de dos horas, hasta que extenuado y cansado de andar yo manifesté deseos de volver atrás.

— ¡Ah! aquí está el árbol, minise, un árbol grueso, ¿no es verdad? Éste es el más fuerte y el más grande del bosque. Así debo yo crecer y aventajar á todos mis compatriotas en conocimientos y en bravura, como este árbol,

que encierra mi vida, sobrepuja á todos los de estos contornos. Ea, dame tu navaja.

Y con ella empezó á levantar la corteza del árbol.

— Ya está... éste es... si el mismo : ¿ ves este saquito escondido en ese hueco? Mi padre había raspado la piel con su navaja, y todas las raspaduras que pudo recojer, estan envueltas en este saquito. Ahí está mi fetiche; si le saco, crees tú, minise, que caeré muerto de espaldas?

— Sácale, si tienes valor.

— Ya está; esto servirá para cocer los plátanos de papá... ¡ Calla! pues no me he muerto!

Excusado es decir que después de este acto de valor ya no se le negó más á Felix la gracia del bautismo, y hasta hoy sigue siendo uno de nuestros mejores cristianos.

#### **Elena, la catequista improvisada.**

También Elena es otra cristiana excelente. Su padre quería casarla con un protestante; pero ella salió victoriosa después de un rudo combate. Viendo con sentimiento los muchos adeptos que hacían los presbiterianos, se puso á trabajar en favor de nuestra religión, y sin otras armas que el rosario y las lecciones de catecismo que las Hermanas de Libreville le habían dado, consiguió reunir por las noches en su cabaña hasta unas treinta mujeres.

Este número se ha ido aumentando poco á poco con algunos hombres que acudían también á escucharla, y cuando, noticioso yo de su celo y buen éxito, me presenté en medio de estos paganos, tuve la dicha de encontrar unas cincuenta personas, hombres y mujeres, que sabían rezar el rosario, y gran parte del catecismo. A las tres semanas de mi permanencia pudimos contar noventa catecúmenos que pedían el bautismo y rosarios.

Desgraciadamente nuestra provision de rosarios, medallas y cruces estaba agotada, y estos pobres negros se ven obligados á rezar el rosario por los dedos. Las mujeres están enseñando ahora el *Credo*, el *Pater noster* y el *Ave Maria* á sus maridos, á sus hijos y á sus padres. En las casas, en el campo donde trabajan y en todas partes se oye repetir á todas horas : *Dios te salve Maria*, etc. Y aun bien entrada la noche no es raro oírles rezar todavía en alta voz. ¡ Cuántas veces me han despertado á las diez de la noche estos buenos negros al pasar rezando en alta voz!

No se ha pasado un solo día sin haber podido celebrar el santo sacrificio de la misa gracias á mi altar portátil. Es verdad que le había colocado en una cabaña bien pobre y miserable, más ¿ no prefiere Nuestro Señor descender y habitar entre corazones llenos de buena voluntad antes que templos de marmol deslumbrantes de oro y plata? Todos los días asistían á la misa lo menos cincuenta personas, y los domingos más de ciento.

#### **Bautismos de niños en peligro de muerte.**

Durante mi estancia en Uimbiano he tenido la dicha de administrar el santo bautismo á dos niños en peligro de muerte.

El primero ha sanado con el sacramento. Su pobre madre acusaba á su tío de no sé qué hechicerías respecto de su hijo, y el padre creía que si yo bautizaba al niño, enseguida iba á morir.

El segundo era un esclavo de diez años, que no esperaba más que la muerte y el cielo. ¡ Oh! si delante de la presencia del Señor no me alcanza éste el perdón de la nitad de mi purgatorio, no dejará de ser un ingrato! Las nueve de la noche eran ya cuando supe que estaba enfermo de esa enfermedad que no perdona jamás, la

enfermedad del sueño. El día siguiente muy temprano pregunté donde se hallaba, y me dijeron que estaba allá muy lejos en un campo.

Para llegar hasta allí hay que subir y bajar tres empinadas montañas, atravesar tres pantanos infestados de boas, y eso está lejos, muy lejos...

— ¿No se puede ir en piragua? repuse yo.

— No; y sin embargo tendrás que atravesar agua hasta el pescuezo, y eso por dos veces y durante media hora cada vez.

Entonces dije á Mateo el catequista :

— ¿Vienes conmigo?

— Si, Padre.

Pero en esto llega el ama del esclavo, que era una protestante, y me dice :

— Yo te prohibo que pongas los pies en mi campo.

Y volviéndose á Mateo le dijo en tono amenazante :

— Si vas á mi campo, ten cuidado con tu vida.

— Buena mujer, le repliqué yo, has de tener presente que soy blanco y que para prohibirme ir á tu campo tendrías que chillar mucho más fuerte.

Y dicho esto nos pusimos en camino. En efecto, atravesamos pantanos cenagosos hasta la cintura y durante media hora una laguna cuyas aguas nos llegaban hasta el pescuezo. Pero al fin fuí bien recompensado de todas mis penas y fatigas, porque tuve la dicha de encontrar al pobre enfermo, y de instruirle y bautizarle.



Dignese V. seguir dispensándonos los auxilios de sus oraciones, á fin de que podamos estender más y más el reino de Jesucristo entre estos pueblos esclavos aun del fetiquismo, de la poligamia y de todos los vicios.



# Misiones de Oceanía

VICARIATO APOSTÓLICO DE LA MELANESIA  
Y MICRONESIA

El denodado obispo á quien viene dirigida la siguiente carta, acaba de embarcarse para su misión después de una estancia de varios meses en Francia, á donde había venido á recibir la consagración episcopal. Mons. Navarre ha llevado consigo diez celosos colaboradores que le ayudarán á abrir en las riberas del San José florecientes cristiandades, de donde despedirá sus rayos la acción evangélica hasta el corazón de la Nueva Guinea.

## *CARTA DEL R. P. VERIUS*

MISIONERO DEL SAGRADO CORAZON DE ISSOUDUM

A MONS. NAVARRE, vicario apostolico de la Melanesia  
en Issoudum.

Port-Leon, 20 de noviembre de 1887.

ILTRMO SEÑOR,



¡ nuestra querida Misión se encuentra probada por la marcha inesperada de V. I., y [por la falta de recursos que nos condena casi á una completa inacción en nuestra islita de Roro, por otra parte la Nueva Guinea viene haciéndose cada vez más interesante á medida que la conocemos mejor, y nuestras esperanzas aumentan más cada día. ¡ Cuando vendrá V. I. á cambiar estas esperanzas en realidades !...





En esta Nueva Guinea el punto más favorecido actualmente es esta grande extensión de terreno regado por el San José. Desde que se descubrió este hermosísimo río, toda la atención se fijó aquí, y ya hemos organizado y acompañado dos expediciones. El E. S. Gobernador nos confesaba últimamente que esta parte de la Nueva Guinea es la que ofrece más porvenir, bien á causa del buen fondeadero de Port-León, bien á causa de la riqueza del suelo y de las muchas aldeas establecidas en las dos riberas. Todo esto ya lo conoce V. I., pero, no obstante, he querido recordarlo para que resalte más la importancia de los descubrimientos hechos en la última expedición que voy á describirle.

**17 de octubre. — Objeto de la expedición.**

La expedición llegó á Port-León, el 17 de octubre por la mañana. Tan pronto como saltó á tierra el Sr. Cameron, explorador por la Australia, acompañado del Sr. English, ornitologista, vino á pedirme un Hermano que los acompañara. Pero, aparte de que los Hermanos no saben apenas la lengua, no pueden conducir una caravana, porque solos el Padre Couppé y yo conocemos el río. Así es que yo prometí á estos Señores que les ayudaríamos en cuanto nos fuera posible. Su objeto principal era buscar oro; pues ya recordará V. I. que en nuestro primer viaje encontramos algunas pepitas de oro. Ciertamente que el descubrimiento de este precioso metal no sería un gran bien para nosotros ni para la misión, pero con esta ocasión yo esperaba que descubriríamos muchas aldeas nuevas con el trazado completo del río *San José*.

**18 de octubre. — Preparativos de marcha.  
Aicci-Bera.**

Todo el día 18 se pasó en arreglos para ajustar remeros y comprar una piragua. Aparte de las dificultades, que no eran flojas, estos señores venían llenos de ilusiones que era preciso desvanecer. Lo primero que hice, fué preguntar al Señor Cameron donde estaba la tripulación y el barco prometidos para el viaje.

— Pues no tengo ni uno ni otro, me contestó. En Port-Moresby no he podido ajustar ningún remero, y mi barco es — á lo que parece — muy pesado y mal armado para remontar á remo el río San José.

Toda la tarde se deslizó haciendo comprender á estos señores que necesitábamos una triuplación y una piragua doble, como la primera vez que remontamos este mismo río. Lo malo para nosotros era que todos los que nos habían acompañado en aquella ocasión, se acordaban aun que es preciso remar tres días para ir á Inawi, y cinco para llegar á Taena estando las aguas tranquilas; así es que los naturales se negaban, á pesar de tentarles con navajas, tabaco, telas, etc. Delante de mí no se atrevían los jefes á decir una palabra; pero cuando volvía la espalda, amenazaban con su enojo á los que se atrevieran á prestarse. Entonces fué cuando estos señores empezaron á perder sus ilusiones. Y esto no era más que el principio de la primera parte.

Después de esto nos faltaba encontrar la piragua doble. Yo hubiera prestado con gusto la nuestra, pero precisamente dos días antes una fuerte borrasca nos había destrozado la piragua izquierda y apénas si pudimos salvar la derecha á fuerza de bregar durante dos horas. No obstante, se la ofrecí al Sr. Cameron y pedí á los sal-

vajes una de las suyas para hacer pareja con la nuestra; pero se negaron, como se habían negado á remar. Se conoce que todos se habían puesto de acuerdo: sólo á la caída de la noche conseguimos que Rauma nos vendiera una que hacía más agua que una cesta. De modo que nos era imposible partir. No teníamos más que tres hombres en vez de diez, y unas piraguas muy pesadas para remontar el río aun teniendo doce remeros, y en un estado que inspiraba poca seguridad.

A pesar de eso estos señores querían partir á todo trance.

— Pero si las piraguas no están preparadas.

— Esta misma noche las juntaremos.

— No tenemos hombres tampoco.

— ¡Bah!... nosotros mismos remaremos.

— Las piraguas están agujereadas.

— Pués las estoparemos y arreglaremos.



Y dicho y hecho; pero aun no estábamos al fin de las dificultades. Ya conoce V. I. á Aicci-Bera: había consentido en acompañarnos; mas aquella misma noche, después de hacer empeñado sus palabra para el día siguiente, se retiró á la aldea, y en calidad de nuevo jefe se subió á la Marea á dormir. Su padre y otros jefes que le estaban esperando, le reprendieron duramente por ponerse al servicio de los blancos.

— Si al menos fuera para el misionero, pase... pero para esos extranjeros... ¿y quien los conoce? ¿No has visto cómo vienen armados?... van á matar á los hombres allá en las montañas... los habitantes se amotinarán y os degollarán á todos.

Aicci-Bera no contestó ni una palabra á su padre;

pero exasperado por los sarcasmos de los otros jefes se levantó y exclamó :

— Yo soy dueño de hacer lo que se me antoja; los blancos pagan los servicios que se les presta, y cuando yo vuelva, seréis los primeros en pedirme el tabaco que haya ganado.

Pero el paso cómico estaba preparado de antemano. Aun estaba hablando Aicci-Bera con los jefes, cuando la madre de éste y su hermana se presentaron con un tropel de mujeres y, acurrucándose delante de la Marea, empezaron á llorar y á vociferar. A vista de este espectáculo inesperado Aicci-Bera se turba, pierde su gravedad y se pone á llorar á lágrima viva.

— Quédate aquí, le decía su madre; si vas allá te matarán.

— Sí, te matarán y te comerán, repetían en coro las otras mujeres.

Aicci se levantó entonces y saltando de la Marea, vino corriendo á buscarme, ya casi á media noche.

— Misionero, exclamó éste, ya no soy jefe, ni pertenezco más á Roro; mañana me marchó contigo. En la aldea todos se han enojado contra mí; pero, mal que les pese, contigo me he de ir para no volver más.

Traté de tranquilizarle como pude é hice que me prometiera que no faltaría á la cita. Esta escena cómica representada por todos los que se habían comprometido á acompañarnos, desalentó á los débiles, y al día siguiente no contábamos más que con dos remeros y un muchacho para prepararnos la comida.

**19 de octubre. — La marcha. — En Pinupaka  
Maré y su mujer.**

Era, pues, imposible partir; al menos yo así lo creía, pero con gran sorpresa mía á eso de las nueve de la ma-

ñana salimos para la embocadura del San José. Persuadido yo de que era absolutamente imposible navegar agua arriba, hice presente al Señor Cameron que era preferible dirigirnos á *Pinupaka* para ajustar más hombres. Parecióle bien mi proposición é hicimos rumbo para *Pinupaka*. Desde por la mañana ya había salido para este punto otra piragua; así es que los jefes nos estaban esperando y nos hicieron una acogida muy fría. Advertido por un chico de la causa de semejante acogida me presenté con cara muy seria, contra mi costumbre y, subiendo con estos señores á la Marea, me puse á hablar con ellos como si estuviéramos en nuestra casa. Al ver los salvajes que yo no los había saludado ni los mandaba venir, se presentaron ellos solos.

— ¿Tú por aquí, misionero?... ¿Qué vienes á hacer tan tarde?... ¿A dónde vas?...

Yo seguía sin contestar una palabra, y ellos se sentían cada vez más intrigados. Los chicos, poco acostumbrados á verme una cara tan seria, se iban alejando como por instinto. Por fin llegó *Maré* y, con mucha candidez á la par que con cierta libertad, iba á ofrecerme dos cocos y abrir la boca para preguntarme el objeto de mi visita; pero rehusando su regalo y sin dejarle hablar, le dije :

— ¡Cómo! *Maré*; ¿el misionero viene con estos extranjeros á visitar tu aldea y tú finges que no los ves? ¿Has olvidado ya lo que es un misionero?... Tú tienes las manos muy largas para recibir mis presentes; pero tu memoria es muy corta. Es decir, que tú deseas mi amistad porque necesitas tabaco para atiborrar la pipa, y ahora te atreves á presentarme semejante regalo. Pues bien, has de saber que yo no necesito tus regalos.

Luego, tomando asiento, seguí hablándole con menos ceño : — Oye, *Maré*, á mí me importa poco tu amistad; pero, esto no obstante, la deseo para hacer bien á tu alma.

Si he venido aquí esta tarde, no es para obligarte á que me acompañes ; sino para pedirte simplemente algunos hombres para remontar el San José. Ve al momento á hablar á tus súlidos y vuelve presto con la repuesta; porque deseo partir esta misma tarde.

Al oír esto se quedó más atolondrado que si hubiera recibido en la cabeza una maza de fraga. Después de pasar un rato como aturdido, se levantó de repente y dijo :

— Ea, en marcha, misionero, yo te acompaño.

— Pero ¿ con quién?... le repliqué yo!

— ¡Qué sé yo!... contestó, dirigiendo una mirada interrogatoria á todos los que le rodeaban.

— Aquí estamos muchos; partamos al momento.

Levantamos en el acto la sesión; pero las mujeres empezaron una nueva comedia. Como las de Roro, éstas se echaron á llorar, á gritar y hasta lanzar amenazas. La más terrible fué la mujer de Mare, que con un palo interepataba el paso á su marido; mas éste le arrancó el palo, la hizo dar una vuelta sobre si misma y la mandó á fregar. Esta pirueta de *Madama Maré* arrancó una risa general; pero así y todo muchos de los que se habían comprometido, se volvieron atrás, y cuando estuvimos en nuestra piragua, sólo dos naturales de Pinupaka nos habían seguido : de modo que con Maré, Aicci-Bera y los tres de Roro componían un total de cinco remeros. A pesar de esto nos pusimos en marcha y no tuvimos más tiempo que para ir á acampar en Cimiri, en la embocadura del Parci, donde pasamos una noche muy fatal por causa de la lluvia y los mosquitos.

**30 de octubre. — Los mosquitos. — Inútiles esfuerzos.**

Nos levantamos muy de madrugada y, después de remar una hora bien cumplida, llegamos á la embocadura

del San José. Para subir agua arriba seguimos el mismo brazo que habíamos recorrido la primera vez; pero no tardamos en tocar una seria dificultad; pues las piraguas eran muy pesadas y pocos los remeros. Al ver que la embarcación iba hacia atrás, empezamos todos á remar, tendimos la vela, aunque con poco resultado; pues sólo hicimos en este día cinco millas (ocho kilómetros). Y gracias aun, dije yo al Sr. Cameron, que la corriente es poco fuerte hasta ahora; mas, si, como pretenden los negros, viene esta noche una crecida, tendremos no sólo que renunciar á subir, sino bajar á escape con peligro de perder cuerpos y bienes.

Cuando nos sorprendió la noche, nos hallábamos frente á una casa perteneciente al jefe de Bioto, y nos decidimos á acampar aquí. *Rahami* (que así se llama el jefe) se encontraba allí con toda su familia. Nuestra llegada fué para él un extraño acontecimiento; lo puso todo á nuestra entera disposición, y en veinte minutos armamos la tienda al lado de la casa, que quedó reservada para la tripulación.

Mas, como decía en cierta ocasión M. de Albertis, en Nueva Guinea se puede pasar regularmente una noche; pero, en cuanto á dormir, eso ya es otra cosa. Apenas se había puesto el sol, cuando nos vimos atacados de una nube de mosquitos; así que no hubo más remedio que pasar la noche sentados dentro de nuestros mosquiteros ineficaces, tirando mandobles á derecha é izquierda con los pañuelos para matar ó espantar tan listos enemigos, que nos pusieron la cara más hinchada que una bota.

Estos señores, que habían comenzado á bromear y tomar á risa nuestra curiosa posición, cansados de este singular manejo, empezaban ya á impacientarse cuando Dios vino á cortarles su parasismo. Los salvajes tenían razón: la

crecida anunciada por la tarde se presentaba á eso de las dos de la noche terrible y amenazante. El nivel del río subía tanto y con tal rapidez que nuestra piragua, que estaba la víspera dos metros más abajo del nivel de la margen, subió á la misma orilla en menos de tres horas, y á los pocos momentos había pié y medio de agua en nuestro campamento. Felizmente que, prevenidos por los naturales, lo habíamos levantado todo y llevado á la casa, por cuyos estacones corría el agua á torrentes. Y en efecto nos hallabamos en un torrente que se llena cuando tienen lugar esas crecidas etxtraordinarias, yendo á desaguar en los estanques de Bioto.

El 21 y el 22 de octubre, después de mil peripecias, no habíamos andado más que tres millas. No andando más que esto, por término medio, al día, nos faltaban más de diez de trabajo antes de llegar al término. Semejante perspectiva asustó á estos señores y, aunque la noche fué perversa, tuvieron tiempo de reflexionar.

### 23 de octubre. — Cambio de plan.

Muy de madrugada nos reunimos para discutir lo que se debía hacer.

— A mi parecer, dijo el Sr. Cameron, nos es imposible seguir adelante, y sin embargo hay que conseguirlo á todo trance; yo no consiento volver atrás sin haber hecho algo, es preciso llegar á la parte superior del río, así tuviera que abrirme camino por tierra.

— No hay necesidad de eso, contesté yo, el sendero está ya abierto y, si V. quiere seguir el plan que yo voy á exponer, en tres días estaremos en las montañas.

Les hice ver, pues, que no tratándose de fundaciones y por consiguiente de relaciones que establecer, la *via terrestre* es la más corta. No tenemos más que descender de nuevo el San José hasta *Boutsa*, de aquí pasar al *Ethel*,

después al *Oroi* é ir á acampar por la noche al desembarcadero de *Inawabui*.

Mi plan fué aceptado inmediatamente; y, con la ayuda de Dios no menos que de la corriente, en tres horas llegamos á la embocadura del San José. A la caída de la tarde armamos nuestra tienda en el sitio donde atracan las piraguas de Roro cuando van al mercado de *Inawabui*.

Después de haber fijado nuestro campamento, me retiré un poco á rezar y á pensar que hoy es *domingo*.

**24 de octubre. — Nuestros cargadores. — Colmo del egoísmo. — ¡Pobre gente!**

Se presentán en gran número los cargadores pedidos á *Inawabui* por un emisario desde ayer por la noche. Pagamos á los hombres de Roro y de *Pinupaka*, que habían concluido su tiempo, y les entregamos, para conducirla á *Port-León*, nuestra pobre piragua, más una carta para el Padre *Toublanc*, previniéndole que dentro de ocho días estaríamos de vuelta á la embocadura del San José y que para entonces nos enviara la piragua, afin de poder atravesar la bahia con más comodidad y prontitud.

A las 9 estábamos ya en camino para *Inawabui* atravesando arroyos, pantanos y barrancos; pero nuestros cargadores cantaban con tanta algazara, que el trayecto nos pareció muy corto. A eso de la una nos encontrábamnos en *Inawabui*, donde nos hizo una amable recepción *Keaké*. Todos prometieron seguirnos al día siguiente, pero yo confiaba tan poco en sus buenas palabras, que después de comer imaginé una estratagema que nos dió magníficos resultados. Ya sabe V. I. que la razón principal que tienen los salvajes para no acompañar á los blancos al interior, no es otra que la *envidia*. Es decir, éstos temen que no llevemos á otros los regalos que con-

sideran como debidos á ellos solos. Así, pues, mandé llamar á los dos Kéaké y les hablé de esta manera poco más ó menos :

— Oye, Keaké; ya sabes que hemos dado magníficas hachas á los vecinos de Roro.

— Sí, ya he oído hablar...

— ¿Deseas tú algunas también?

— Ciertamente que sí.

— Pues bien, escucha : si tus hombres tienen buenas espaldas para acompañarnos cargados hasta Taena, regalaré una excelente hacha á los jefes, un buen cuchillo á los mozos, una camisa á las mujeres y á todos diez puñados de tabaco...

Todos prorumpieron en un hurra atronador y la proposición fué aceptada por aclamación.

Y luego continué :

— Ya veo, Kéaké, que tus hombres tienen buen juicio, y que han comprendido que, si nos acompañan solos hasta allá arriba, sólo ellos serán bien pagados : yo os prometo no tomar ningún otro cargador ni en *Eboa* ni en *Bebeo*, que debemos atravesar.

A estas palabras sucedió una nueva manifestación de alegría general, y hasta una hora avanzada de la noche tuve que estar repitiendo estas condiciones á cada cual en particular, por que los parecía tan buena esta *ganga*, que todos querían asegurarse por si mismos. Así es que al retirarse iban diciendo :

« ¡Mañana tendremos tabaco y un cuchillo! ¡una hacha y tabaco! ¡tabaco y una camisa! »

Y luego repetían en voz baja para que no se les oyera :

« ¡Y los de Eboa y de Bebeo no tendrán nada! »

¡Pobre gente! habían caído en las mismas redes de su egoísmo; es verdad que los otros no tendrían nada, pero en cambio nosotros nos libramos de mil dificultades.

Y esto es lo cierto; pues ya sabe V. I. con cuántas se tropieza cuando hay que cambiar de cargadores en cada etapa.

**25 de octubre. — Día penosísimo.**

¡Qué terrible día! Hoy hemos hecho un imposible y nuestros salvajes más. ¡Pensar que estos pobres han andado más de treinta kilómetros con una pesada carga á la espalda! Emprendimos nuestra marcha á la madrugada, y antes de las doce ya estábamos en Eboa. Aquí encontramos al jefe, á quien llamé yo aparte, le hice un buen regalo y le espliqué las razones que tenía para no detenerme en su residencia. Quedó tan encantado de mi obsequio, que no encontraba palabras con que excusarse: Pues no faltaba más... como no..., sí, tiene V. mucha razón...

Y esto diciendo, llamó á su mujer, hizo que nos sirviera una sopa de harina de sagou, preparada no sé cómo ni en donde y envió al villorrio inmediato á su chico con la orden de que nos prepararan algunos cocos para beber y refrecarnos á nuestro paso. Así fué, en efecto; bebimos todos al pasar sin dejar la carga y seguimos marchando por montes y valles por el sendero que conduce al San José. Éste era el término de la jornada del día; pero al llegar á las *colinas Isabel*, movido á compasión por estos pobres salvajes, mandé hacer alto á la caravana (éramos unos treinta).

— Hijos míos, les dije, si estáis cansados, decidlo francamente. Yo traigo dos *casas de tela* (tiendas de campaña), que nos permitirán acampar aquí.

— No... no... hemos de llegar hasta el San José.

— ¡Bueno!... pues en marcha y adelante...

Y de nuevo emprendimos nuestro camino á través de la inmensa llanura que conduce al pie de las elevadas montañas. Cuatro veces tuvimos que echar pecho al

agua; pero estos baños, en vez de cansarnos, nos aliviaban. Más no habiendo tomado nada desde por la mañana, á eso de las cuatro de la tarde me sentí mal de debilidad y tuvimos que pararnos un cuarto de hora en una cabaña solitaria en medio de la llanura. Por fin volvimos á emprender la marcha, y á las seis y media nos hallábamos en las márgenes del San José, junto al islote de *Nuestra Señora*.

**26 de octubre. — Espléndido panorama en Taena.**

¡Qué apacible y hermosísima noche! ¡qué aurora matinal! Cuando pasamos en nuestro último viaje junto á este islote de Nuestra Señora, estábamos bien lejos de sospechar siquiera nuestra verdadera posición; porque las lluvias torrenciales y los negros y densos nubarrones nos ocultaban el magnífico panorama que se ofrecía á nuestra vista esta mañana: era verdaderamente arrobador. Frente á nosotros y a nuestros pies teníamos las elevadas cadenas de las montañas dominadas por el gigantesco *Mont-Jule*, en el que se distinguen los menores accidentes, las más pequeñas gargantas, y hasta los árboles que le sombrean hasta la cima. Enseñé á estos señores el sitio donde hallamos la otra vez algunas arenas auríferas; pero no pudimos encontrar ni siquiera un ejemplar, y á eso de las nueve levantamos el campo, dirigiéndonos hácia Taena, que iba á ser nuestro cuartel general durante los días que pensábamos pasar en estas montañas.

Llegamos á este punto á las once. Este villorio, de aspecto muy triste, no cuenta más que unas veinte casas. Como en todas partes, y siguiendo el uso admitido, nos hicieron instalar en la *Marea*, y, después de varios presentes de una y otra parte, mandaron en todas direcciones varios chicos para prevenir al jefe, que se hallaba en su huerta, y á todos los que estaban trabajando en el

campo. A las doce todo el mundo había acudido y todos quedaron contentos.

Propagose poco á poco la noticia de nuestra llegada y hasta por la noche no cesaron las visitas y recepciones de todos los jefes de los alrededores.

**27 de octubre. — Satisfacción general.**

**Nuestro viejo Baura.**

Si Tanae est una aldea insignificante, en cambio su situación es magnífica. Por delante corren las aguas del San José; por detrás se estienden en escalones bosques inmensos y elevadas montañas que llaman la atención de nuestros compañeros de viaje. Además, ayer por la noche me informaron que en la margen opuesta se encuentra Inawahuni, del que me hicieron mil elogios. Esta mañana nuestro deseos de verlo, y embarcados en un enorme tronco hueco, hicimos la travesía. Inawahuni se compone de unas cincuenta casas medio arruinadas que le dan un aspecto muy viejo; pero los cocoteros y los arekiers que le rodean, son muy jóvenes. Traté de informarme é hice varias preguntas; mas, tratándose de extranjeros, la mentira y la reserva están de moda. Esto no obstante, no volví del todo descontento. Inawahuni y Taena podrían ocupar muy bien un Padre y un Hermano; pero yo creo que la estación estaría mejor situada en Taena á pesar de su inferioridad numérica de aldeas. A nuestra vuelta recogemos gran cantidad de pepitas de oro, con extraordinario contento y entusiasmo del Señor Camerón. Por otra parte, el Señor English estaba encantado con el precioso hallazgo de bonitos pájaros del *paraíso*. De modo que, congratulándose estos señores, y dando gracias á Dios el pobre misionero por haber descubierto estas dos nuevas aldeas, volvimos á tomar el camino de nuestro campamento.

Estábamos ya á punto de entrar en nuestro tronco de árbol para atravesar la corriente, cuando ví venir agua arriba un hombrón que gritaba, hacía mil gestos, corría, saltaba, nos miraba atentamente y empezaba de nuevo su comedia. Yo me quedé perplejo; me parecía conocer á este viejo tan avisgado, pero no podía acordarme de su nombre. Verdad es que traía tan cubierta la cabeza con un descomunal manojó de plumas de casoar, que le hacían desconocido y fantástico. Dí algunos pasos hacia adelante y pude por fin conocer en él á nuestro viejo Baura, el héroe de la última expedición. Nuestro hombre exclamó entonces que habiendo visto su nariz, su frente y su pecho (textual), debía yo estar muy contento, sin necesidad de ir más lejos. Hícele comprender que, si pasaba esta vez junto á su territorio sin ir á verle, á pesar del gran interés que tengo por su amable persona, era porque mi deseo no se concretaba á él solo :

— ¡Yo quiero treinta mil como él! gritaba.

Diose por satisfecho, soltó una senda carcajada como quien rie de sí mismo, y cogiéndome de la mano me hizo sentar junto á él en una piedra. Entonces empezó á frotarme la cara en todas direcciones con su nariz embadurnada de negro. Éste era el caso de reirse á sus barbas aunque supe conterme. Pero cuando, dejándome bruscamente, se fué derecho á estos señores para repetir la misma operación, no pude menos de perder mi seriedad y soltar el *trapo* al ver su sorpresa, su cara embadurnada y el ahinco con que Baura frotaba sin darse punto de reposo. ¡Qué escena tan original! Calmose por fin el buen Baura y, tomando un tono de poderoso señor, habló de esta manera :

— Misionero, ¿cuándo piensas bajar?

— Dentro de dos días.

— Muy bien; ¿y cómo bajarás?

— En balsa de bambues.

— Muy bien; ¿y con quién deseas bajar?

— Sólo con estos extranjeros; ¿tú crees que hemos de tener miedo?

— No; pero la corriente es muy rápida; hay muchísimos troncos de árbol y es muy difícil la ruta; mas vale que digas á los de Taena que te conduzcan hasta mi territorio; mi gente te llevarán más abajo y así pasarás sin peligro las tres corrientes y los dos recodos.

Y se puso á explicarnos lo que eran las tres corrientes y los dos recodos.

— Tú eres un hombre de pró, Baura, le contesté yo: ea, haremos lo que tú has dicho; ten preparada una cantidad de cocos y de batatas, y á nuestro paso yo te lo compraré todo; pero, mira, no vayas á faltar á tu palabra; en nuestra misión los jefes no tienen más que una palabra.

Al oír esto nuestro viejo Baura se entusiasmó:

— ¡Cómo! ¡yo, faltar á mi palabra! ¡palabra de Baura! ¡palabra de Baura! exclamaba gesticulando como al tiempo de su llegada.

Le hicimos algunos regalos y nos despedimos de él para empezar á construir nuestra especie de balsa. El Señor Camerón encontró aun algunas pepitas de oro, y la noche nos obligó á regresar al campamento.

#### 28 de octubre. — Te Deum.

Esta mañana, deseosos de conocer, á ser posible, la dirección del San José, intentamos subirle hacia el este; pero tropezamos con nuevos obstáculos, nuestros salvajes se desalientan y por fin la ruta se hace impracticable. La lluvia, que desde nuestra llegada cae en abundancia todas las noches, nos obliga á volver atrás. Nos retiramos apresuradamente y muy á tiempo, porque media hora

después el río había crecido de una manera espantosa, llegando casi á salir de madre. Terminamos nuestra balsa, dejándolo todo preparado para mañana; fabricamos también algunos remos y, descubriéndose perfectamente las montañas una vez pasada la tempestad, tomamos con la brújula los puntos convenientes para trazar la cadena de los montes Yule. Hallábame diseñando también los perfiles de estas montañas, cuando, con un indecible gozo, llego á saber por un salvaje que allí hay doce aldeas. Con la misma avidez que el Señor Camerón por sus pepitas de oro, anoto yo todos estos nombres curiosos y hago que me indiquen aproximadamente el sitio y los medios de llegar allá. A esta última pregunta, mi buen salvaje se calló como un muerto; pero entusiasmándose á los pocos momentos, se atrevió á decir :

- Es imposible ir allá.
- Pues, ¿cómo has bajado tú?
- ¡Toma! por los senderos.
- ¡Bueno! pero esos senderos ¿donde están?
- ¡Ah! pues si tú no quieres ir á ver; yo te los voy á indicar...

Este último día de nuestra estancia se terminó con un *Te Deum* y una oración por estas doce aldeas nuevas.

**29 de octubre. — Los buenos salvajes.**

**Las corrientes. — Nuestra vuelta.**

Por la mañana muy temprano observé que los salvajes estaban muy ocupados en el fondo de la Marea preparando guirnaldas de verdura y ramilletes de hojas de palma; pero no comprendí todo este afán hasta el momento de partir. A eso de las ocho dí la señal de marcha, y entonces es cuando contemplamos esta profusión de ramilletes y guirnaldas, con que esta buena gente habían engalanado, allá á solas, nuestra balsa (que media



MONS. LYNCH, ARZOBISPO DE TORONTO

E



5 metros de ancho por 2 de largo). Cuando ya estuvimos dentro supe que estos ramos significaban : « Honor y Gloria. » Ésta es la más elevada expresión de estima que los jefes se ofrecen entre sí; era, enfin, su manera más distinguida de honrarnos también á nosotros. Yo estaba verdaderamente conmovido ante este testimonio de respeto que nos ofrecían estos pobres salvajes, todos caníbales, que habían de asarnos y comernos. ¿Donde está la razón de todas esas fábulas?... Les dí á todos mi bendición sin que ellos se apercibieran, y tomando la mano del jefe que quería acompañarnos con doce de sus hombres hasta el territorio de Baura, le dije :

— Koao, tú estás satisfecho de nosotros, ¿no es verdad? Pues bien, también nosotros estamos contentos de tí : escucha, yo espero poder verte un día, á tí y á toda tu gente, y hacer por tu aldea lo que estoy haciendo ahora por Roro. Dí á todos tus súbditos que nos vamos muy agradecidos; ellos han querido honrarnos, yo también quiero ser expresivo con ellos : toma, dales el tabaco de la amistad.

Entonces le entregué un puñado de tabaco que él arrojó á su pueblo reunido en la playa, y desatando nuestra balsa empezó á deslizarse rápidamente, á cuya zaga venían nadando unos quince jóvenes robustos.

El espectáculo era grandioso y propio á conmover el corazón de un pobre misionero. A nuestra espalda íbamos dejando las montañas que reflejaban los primeros rayos del sol naciente. ¡Qué pena sentía yo al irme alejando de estas hermosas montañas sin conocer sus doce aldeas de antropófagos! Cuántas almas que salvar en estos valles! A nuestro lado, sobre la margen, íbamos perdiendo de vista este pueblecito apiñado que se agitaba para decirnos adios... detrás, siguiendonos á nado, estos robustos jóvenes que nos ayudaban á evitar los malos

pasos... Tal era su gozo en prestarnos este servicio, que las lágrimas bañaron mis ojos. ¡Pobre gente! ¿Qué he podido yo hacerles para merecer de ellos tanto cariño?... ¡Ah! es que las oraciones de Europa han pasado por aquí!...



Mas, he aquí las corrientes, esas famosas corrientes anunciadas por Baura. De lejos se oye su estrepitoso ruido... ¡Atención! Ea, que nadie hable ni se distraiga! Todos nos hacemos ojos y brazos. Ya estamos cerca; saltamos por encima de un enorme peñasco que despide el agua formando horribles borbotones; luego dos, después tres... y henos ya en plena corriente... Se resienten y crujen las ligaduras todas de nuestra balsa; pero está hecha á prueba y se desliza, ya subiendo ya bajando á merced de la corriente, sin poderla dirigir. Después de un rato de angustia en que nadie se atreve ni á respirar, entramos en una calma relativa: de todos los pechos sale un prolongado « Ah! » de desahogo, y la conversación empieza de nuevo, aunque por poco tiempo... ¡He aquí otra corriente peor aun que la otra, porque termina en recodo!

— ¡Atención! vuelve á gritar el jefe: ¡nada de conversación y mucho ojo! ¡misionero no tengas miedo y tente firme!...

El anciano jefe tenía razón; el agua despedía borbotones como en una inmensa caldera y la corriente rapidísima se precipitaba con estrépito contra el pié de una colina que desviaba el río en ángulo recto. El Señor Camerón, todo asustado, exclamó:

— ¡Padre, si aquí no se hace añicos la balsa, no se hará jamás!...

Y en efecto, derechos íbamos á estrellarnos contra las rocas; un momento más, y no hubiera quedada ni astilla de nuestra balsa... pero en la proa iban des salvajes arma-

dos de una larga y sólida percha y, clavándolas contra las rocas en el mismo instante en que nos íbamos á estrechar, hicieron describir á la balsa el mismo ángulo recto que el río. No habíamos tenido tiempo de reflexionar, cuando ya estábamos en salvo.

Después de otra corriente y otro recodo, descubrimos los cocoteros de Rarai, y á las diez ya estábamos en casa de Baura. El buen anciano jefe fué fiel á su promesa; nos hizo algunos presentes y aceptó los nuestros para él, su mujer y sus hijos. Nos abrazó de nuevo á su manera, me tomó á parte y me dijo que tenía vivos deseos de construirnos una casa. Entonces yo le prometí que no tardaríamos en volver á su territorio. Despedimos á los hombres de Taena, y Baura nos procuró unos veinte de los suyos.



Al cabo de una media hora de trabajo, nos vimos fuera de todo peligro, y no teniendo ya necesidad de todos estos hombres, los despachamos muy contentos al verse en posesión de una cantidad de tabaco y abalorios. Aquí, estábamos ya en pleno río San José siempre rápido, pero ancho y majestuoso hasta Inawi. Poco á poco, evitando aquí un árbol, allá otro, corriendo mil y mil peripecias que sería prolijo enumerar, pasamos por delante de Inawi, este querido Inawi que hace tanto tiempo deseamos ocupar. En el desembarcadero había una porción de mujeres y chicos que me conocieron; pero me era imposible detenerme, á pesar de mis vivos deseos. Arrojeles un poco de tabaco, con esta simple promesa : « Ya volveré. » ¡Ay! ¡es la cuarta vez que me anuncio!

No hay para que describir el resto del río. El 31 de octubre, á eso de las once, estábamos ya de vuelta en Port-León.



## CRONICA DE LA OBRA

Leemos en el *Correo de Ginebra*

« Ultimamente ha tenido lugar la reunión de la Obra de la Propagación de la Fe en la capilla de los Paquis, leyendo el presbítero Sr. Girard un detallado informe sobre el desarrollo de la Obra en la parroquia de Nuestra Señora y la situación de las misiones durante el año 1887. Según este informe la parroquia de Nuestra Señora cuenta doscientos sesenta asociados, con tres decenas más que el año anterior. Las colectas han subido á 1400 francos, ó sea 800 por las cotizaciones regulares y 600 como donativos extraordinarios, de los cuales uno de 500.

« La parte fundamental del informe es un magnífico cuadro de las misiones católicas en las diversas partes del mundo. Bien quisiéramos reproducir aquí los detalles interesantísimos que en la reunión hemos oído; detalles que dejarán en el auditorio la consoladora impresión del bien inmenso realizado con las modestas cotizaciones de cinco céntimos por semana. En efecto, todos los años parten algunos cientos de misioneros para todas las partes del mundo. La Francia sola ha dado el año pasado ciento sesenta con cuarenta y siete Hermanos y cincuenta y cinco religiosas, como auxiliares del apostolado. La Propagación de la Fe ha sido en todo tiempo la Obra esencial de la Iglesia y la que ha inspirado mayor cuidado y solicitud al Papa León XIII.

« El vicario general Sr. Broquet vino después á confirmar las conclusiones del informe con una calurosa exhortación, aplicando á la Obra de la Propagación de la Fe las palabras de San Pablo sobre el misterio de la encarnación, para poner de relieve su « anchura y latitud, su altura y profundidad ». Y al comentar estas palabras, demostró á la vez la gerarquía de las obras de celo: primero, las obras de caridad privada; después, la caridad colectiva respecto de las instituciones, tales como hospicios; luego, la Obra de la prensa católica; á continuación, la Obra del clero en nuestro cantón, y, por fin, la Obra de la Propagación de la Fe, cuya extensión no reconoce límites. ¡Que todos y cada uno se hagan misioneros, dentro de la esfera de sus fuerzas, asociándose á esta sublime Obra! »



# Noticias de las Misiones

## EUROPA

### DIMISIÓN DE MONS. ULLATHORNE

El obispo católico de Birmingham, Mons. Ullathorne, último sobreviviente de los obispos de Inglaterra que asistieron al restablecimiento de la jerarquía católica en 1850, acaba de pedir su retiro agobiado bajo el peso de los años y de los achaques. Hace ya algunos años que, á petición suya, le había dado el Santo Padre por coadjutor á Mons. Isley, que le reemplaza hoy en la silla episcopal de Birmingham.

La contestación del anciano obispo al mensaje de despedida que le dirigió el clero, es sublime en medio de su sencillez. Dirigiendo una mirada al pasado, del que fué uno de los pocos testigos, recuerda aquellos tiempos ya remotos en que la Iglesia de Inglaterra, levantándose á pulso de una persecución de tres siglos consecutivos, estaba aun gobernada por simples vicarios apostólicos. Expone el ardiente deseo que tenía entonces de ver el restablecimiento de la jerarquía apostólica, así como su profunda gratitud cuando fué nombrado en 1848 para realizar esta obra que abrió la era de la libertad, si bien despertando por un instante los últimos furios del fanatismo contra los « papistas ». Comparó el magnífico desarrollo actual de esta Iglesia con la época en que, despreciada y aborrecida, apenas se atrevía á mostrarse públicamente. « Ahora, pues, Hermanos carísimos, exclamó al terminar, permitidme que os dé gracias por vuestra lealtad hacia vuestro anciano obispo que cuenta aun con vuestra amistad y vuestras oraciones. Yo soy debil por naturaleza, como lo son todos los hombres; más en lo que, por fragilidad humana, he faltado á mi deber para con vosotros, no me neguéis el perdón que humildemente solicito de vuestra bondad. »

## ASIA

## FIN DEL NEO-CISMA ARMENIO

Nos escriben de Constantinopla el 22 de mayo de 1888.

« Las fiestas de la Pascua (el 6 de mayo, según el estilo antiguo) han coincidido este año aquí con un gran acontecimiento, que es la desaparición de los últimos vestigios del neo-cisma que venía dividiendo hace ocho años la comunidad armenia católica. El *statu quo*, en virtud del cual el gobierno otomano había cedido á los disidentes la iglesia de San Juan Crisóstomo, á instancias del difunto. Enfied-jain, jefe entonces de aquellos, ha quedado anulado por un *bouyroutou* imperial, cuya comunicación oficial se hizo á la comunidad el sábado santo por medio de S. E. Ziver-Bey, director de cultos.

El Señor Patriarca, rodeado del clero y de los notables de la comunidad armenia católica, recibió á Ziver-Bey en el gran salón del patriarcado, en el que dió lectura solemne del *bouyroutou* imperial el mismo director de cultos. A invitación de Su Beatitud bajaron todos á la iglesia, en donde se leyó al pueblo este real documento, teniendo lugar á continuación algunas preces por el Soberano Pontífice y por S. M. I. el Sultán.

« El día siguiente, fiesta de la Pascua, el Patriarca, acompañado de todo el clero, celebró la misa pascual en la iglesia de San Juan Crisóstomo, consagrando así solemnemente la *reconciliación* de la comunidad, después de haber hecho su sumisión á Mons. Azarián los cinco sacerdotes desidentes. Ésta era la primera vez que, desde hace diez y ocho años, el Patriarca armenio católico celebraba los divinos misterios en esta hermosísima iglesia.

« Al entrar en el atrio de la iglesia el Patriarca fué recibido con una triunfal ovación. A las 10 en punto se dió principio á la misa solemne. La iglesia, tendida é iluminada de una manera especial, estaba cuajada literalmente de gente; y no pudiendo caber más de tres mil personas, tuvieron que permanecer en el atrio un considerable número de fieles. El caliz que ha servido para el santo sacrificio, es un regalo del Santo Padre á Mons. Azarián.

Después del primer evangelio, el presbítero Señor Bakchian, antes jefe de los cinco desidentes, pronunció un discurso, edificando al audi-

torio con su sincera profesión de fe, y proclamando terminantemente la doctrina del magisterio infalible del romano Pontífice.

« Por fin, la ceremonia terminó con una tierna alocución del Señor Patriarca. »

#### MISIONEROS CATÓLICOS Y MINISTROS PROTESTANTES EN LAS INDIAS

Del informe de la tercera conferencia de la Sociedad de las misiones protestantes de Batavia tomamos las siguientes reflexiones :

« . . Es imposible negar los alarmantes progresos que Roma está haciendo en las Indias. Unidos y compactos como una falange macedónica, los católicos marchan adelante ganando victoria sobre victoria. Como Iglesia, la Iglesia romana hace en el espíritu de los indígenas una impresión mucho más favorable que el establecimiento conocido con el nombre de iglesia protestante. A pesar de las difíciles circunstancias, la Iglesia romana nos ofrece al menos la imagen de una Iglesia verdaderamente *una* : pues no tienen más que una profesión y sus sacerdotes y ministros no se contradicen jamás. Lo que uno tiene por artículo de fe, otro no se atreve á combatirlo.

« En cuanto á su organización, no hay duda que es superior á la nuestra. El presidente de nuestro colegio superior eclesiástico, que suele ser un consejero de Estado, es nombrado por el Gobierno; mientras que á la cabeza de la Iglesia romana se halla un obispo nombrado por la Santa Sede y reconocido por el gobierno. Este obispo, que generalmente ha envejecido en estas regiones, ejerce una grave autoridad y gobierna con mano firme y respetada. Además, la abnegación de los sacerdotes de la Iglesia romana es verdaderamente admirable; pues se les vé compartir como hermanos los honorarios que el gobierno asigna á algunos pocos.

« Estos misioneros tienen escuelas en todas las capitales; escuelas que son, bajo todos conceptos, un modelo, cuya educación é instrucción merecen el mejor concepto de todos, y más de un protestante no teme enviar allí á sus hijos. Por otra parte, las religiosas dirigen las niñas confiadas á sus cuidados, con un tacto verdaderamente esquisito, hasta el punto de no darse el caso de que alguna de sus alumnas deje de hablar de estas Hermanas con la mayor simpatía. El celo de los sacerdotes católicos en visitar los hospitales y las prisiones, es digno de todo elogio. Los soldados no tienen más que una voz para ponderar su cordialidad y espíritu de sacrificio. De

aquí nace la benevolencia que les demuestran con frecuencia el público y el gobierno. Estos sacerdotes, llenos de heroísmo y de convicción, van á todas partes, y en todas ven aumentarse el número de sus adeptos; y no se descuidan en sacar un buen partido hasta del materialismo é indiferentismo que reina en estas regiones. Esto es precisamente lo que ocurre en los matrimonios mixtos. Así se observa que muchísimos protestantes, indiferentes por el protestantismo, se conforman á las exigencias de los sacerdotes de la Iglesia romana, y consienten en educar á sus hijos en la religión romana... »

#### EL HAMBRE EN TONKÍN

El Señor sigue enviando sus pruebas á las misiones del Tonkín. Convencidos del interés que nuestros lectores han demostrado siempre á estas pobres misiones, nos atrevemos á comunicarles la siguiente carta que Mons. Puginier, vicariato apostólico del Tonkín occidental, acaba de enviarnos :

« Desde hace ya más de dos meses el arroz se ha encarecido y la carestía empieza á inquietar á este pobre país. El número de mendigos es ya imponente, sobre todo, en las puertas de nuestros establecimientos y en las grandes poblaciones. No hay exageración al decir que estamos socorriendo á algunos miles con los medios que nos permiten nuestras fuerzas. Más, á pesar de las limosnas considerables que venimos distribuyendo, nos es humanamente imposible salvar á todo el mundo, y no hay día que no sepamos con profundo dolor que mueren de hambre algunos mendigos. »

En los otros vicariatos, especialmente en las misiones ocupadas por los Padres Dominicos españoles, la pérdida casi completa de las cosechas ha ocasionado el hambre, y en varios distritos han llegado á carecer de las cosas más necesarias á la vida.

En varios parajes, hasta se han vistos reducidos á comer raíces y yerba; y muchas familias que hasta ahora vivían con desahogo y que se creían al abrigo de semejante extremo, dada su buena posición social, se han visto en la triste necesidad de implorar la caridad de los misioneros.

Mons. Oñate escribe que, en ciertos días determinados, más de cuatro mil mendigos, tanto cristianos como infieles, acudían á su casa á pedir nada más que lo necesario para no morir de hambre. De modo que se veía precisado á pedir dinero prestado para atender á las necesidades de todos estos infelices. El hambre, el cólera y todas

las plagas de Egipto, añade este prelado, han agotado todos nuestros recursos. Así es que, si Dios no lo remedia, estamos temiendo que el año que viene el hambre será aun más terrible que este año; pues en muchos sitios ha quedado muy comprometida la cosecha de arroz á causa de las lluvias torrenciales.

Al exponer el triste estado de sus vicariatos los obispos dominicos españoles dan gracias á los consejos centrales de la Obra de la Propagación de la Fe por haberles ayudado con sus generosos auxilios.

#### DIFICULTADES ZANJADAS POR EL MINISTRO DE FRANCIA.

El R. P. Francisco María, misionero italiano, de Monteregio, escribe de Tai-iuen el 18 de enero de 1888 al R. P. María de Brest, procurador de las Misiones Franciscanas :

« Ultimamente he tenido necesidad de ir á la capital á fin de obtener, por medio de la Legación francesa, que el gobierno chino me hiciera justicia contra el examinador general de nuestra provincia, que quería escluir de los exámenes publicos á nuestros jóvenes cristianos. Ahora que el negocio está terminado me parece del caso darle á V. algunos pormenores, en honor de su grande nación, sin cuyo apoyo nada hubiéramos alcanzado.

« Poco después de nuestra llegada á Pekín fuí á presentarme á la Legación francesa, y en ausencia del ministro plenipotenciario, fuí recibido con mucha cortesía por el Sr. Souhart, á la sazón encargado de negocios. Este digno representante de Francia me oyó con suma benevolencia y me ofreció protección y auxilio. Efectivamente, escribió en el acto sobre este particular al gobierno chino, el cual contestó que necesitaba algún tiempo para tomar informes.

« Invitado por su gobierno á dar las convenientes explicaciones, el examinador trató de esquivar la cuestión dando mil razones tan fútiles como esta : « Que él obraba con la mejor buena fe y con el fin de evitar que entre los cristianos se deslizaran individuos mal reputados, etc. »

« El gobierno agoció bien estas excusas y contestó el 12 de noviembre al Sr. Souhart, suplicándole que convenciera al obispo de Chan-si de las buenas intenciones del examinador, que, en esta ocasión, no había cometido ningún acto de hostilidad, y que, por lo tanto, convenía atenerse á sus disposiciones.

« Hallábanse así las cosas, cuando el 13 de noviembre llegó á Pekín

el nuevo ministro, Sr. Lemaire, á quien yo conocia desde hace treinta años, y fuí á hacele una visita. El Sr. Lemaire me recibió del modo más amable, y le expuse entonces la situación. Prometióme que se ocuparía sin dilación de este asunto y me dió las mejores esperanzas de buen éxito.

Y en efecto, al poco tiempo el Sr. Lemaire escribió al gobierno chino, haciéndole observar que la manera de obrar del examinador de Chan-si no era ni justa ni decente; que, ya que á nadie se le pedía que justificase su religión, no se debía tampoco exigir esto á los cristianos, ni obligarles á firmar ninguna declaración, toda vez que no la ordenaban las leyes del imperio; que en su consecuencia suplicaba al gobierno que llamara al orden al examinador

« El gobierno contestó con fecha 13 de diciembre que ya habia dado orden al examinador general de Chan-si de que tratara á todos con toda equidad y sin distinción de ninguna clase.

« Esta contestación es definitiva. ¡Gracias sean dadas á Dios! »

## AFRICA

### EL CONGO BELGA

El Africa ecuatorial ha sufrido en estos últimos tiempos considerables é importantes cambios políticos, que han ocasionado un extraordinario desarrollo de las misiones extranjeras. Por eso el Santo Padre ordenaba en diciembre de 1886, por decreto de la Propaganda, la erección del vicariato del Alto Congo y le confiaba á los misioneros de Argel.

Quedaba por erigir en el Congo belga otro vicariato conforme á lo que se había hecho en el Congo francés; así es que Su Santidad, después de hacer que la Propaganda examinase la cuestión, acaba de decretar la erección de este vicariato apostólico, confiándole, por dar gusto á S. M. el rey Leopoldo, á los misioneros de la Congregación de Inmaculado Corazón de María, de Schentveld-lez-Bruxelles. Los límites de la nueva misión se confunden con los del Estado del Congo belga por el norte, el oeste y el sur; más por el este el límite del vicariato pasará por los 30° de longitud este de Greenwich, desde los 4° de latitud norte hasta Mouta-Nzige, después por el extremo norte y oeste de este lago hasta su parte sur; de aquí sigue la línea hasta la embocadura del río Lira en el Lualaba, prolongándose hasta

el lago Moero por su parte occidental, y continua luego el curso del río Luapula hasta el extremo sud-oeste del lago Bangweolo.

#### CONSAGRACIÓN DE MONS. BRIDOUX

El 8 de julio ha tenido lugar en Paris, en la capilla de las religiosas de Sión, la consagración de Mons Bridoux, de la Sociedad de los misioneros de Argel, obispo titular de Utique y vicario apostólico del Tanganika, en el Africa ecuatorial.

Entre la asistencia figuraban los Señores Freppel, obispo de Angers, y Goux, obispo de Versailles.

El consagrador era Su Em. el cardenal Lavigerie, asistido de Mons. Combes, obispo de Constantina y de Hipona, y de Mons. Cateau, obispo de Luçon.

Mons. Bridoux nació en la diócesis de Arras el año 1852, y entró en 1873 en la congregación de los Misioneros de Argel.

Después de la consagración, el eminente primado de Africa pronunció un discurso sobre la abolición de la esclavitud africana.

#### EXCELENTES DISPOSICIONES DE LA POBLACIÓN DEL ESTADO LIBRE DE ORANGE

El R. P. Deltour, Oblato de María Inmaculada, misionero en Roma (Free-State) escribe últimamente :

« No ha mucho fui llamado á Thala brisihu (montaña de la noche), residencia del difunto rey Moshweshwe, habitada ahora por su hijo Masupa, el jefe más respetado del país, á pesar de ser el segundo por derecho de nacimiento. Acudí á su invitación; me dispensó una excelente acogida é inmoló en nuestro honor una magnífica res; pero, desgraciadamente, era un viernes. El rey manifestó vivos deseos de vernos en su territorio. A diez minutos de la residencia real hay una grande estación protestante, la segunda del país; pero los protestantes no le gustan; lo que él quiere son sacerdotes *Romanos*. En el acto acepté su real ofrecimiento, tanto más cuanto que íbamos á herir en el corazón al protestantismo.

« El rey me señaló con el dedo una bonita posición que deseaba ofrecernos á veinte minutos de su casa. Yo no me decidí á aceptarla, porque me parecía que estaríamos bastante lejos de su aldea, y sobre todo, porque corre un río por medio, que seria un grandísimo obstáculo para la escuela que debíamos fundar.

« — Pues recorre toda la aldea, me dijo, y elige el sitio que te convenga. »

« Puso uno de sus oficiales á mi disposición y él se retiró. Seguí su invitación, y encontré en el extremo de la aldea un terreno apoyado contra la montaña de la noche, situado entre el este y mediodía y conteniendo manantiales, piedra, materiales de construcción, etc. El sitio me pareció magnífico y regresé á la aldea, que no dista más de doscientos metros.

« Después de haberse enterado el rey del sitio de mi elección, me dijo :

« — Bueno, ¿y cuándo quieres empezar á construir?

« — Lo más pronto posible; voy á escribir inmediatamente al Señor obispo.

« — Pues no pierdas tiempo, replicó; porque los protestantes me están incomodando y quiero deshacerme pronto de ellos. »

« He dado al emplazamiento el nombre de Belen y le he puesto bajo la protección de San Rafael. Aquí hay muchos demonios que encadenar y relegar al Alto Egipto, así como muchos ciegos que sanar, de suerte que el arcángel estará bien aquí.

## AMÉRICA

### EL HAMBRE EN CANADÁ

Hemos recibido tristísimas noticias de la diócesis de San Alberto :

« ... Nos encontramos en la más profunda miseria, escribe un sacerdote. El hambre reina entre nosotros, causando víctimas sin cuento. Nuestra última cosecha se ha perdido por completo y nuestros salvajes están muriendo de hambre. Los blancos, al traernos sus vicios y corrupción, han concluido por completo con la caza que poblaba antes nuestros bosques... Estos pobres salvajes, literalmente estenuados, acuden todos á las Misiones, esperando de nosotros socorros que nos es enteramente imposible darles. Mons. Grandin, que se encuentra actualmente ocupado en defender cerca del gobierno la lastimosa situación de sus diocesanos, acaba de telegrafarnos que no habían dado ningún resultado los pasos dados, pero que era preciso á todo trance socorrer á los hambrientos. Mucho temo que no podremos socorrerles más que por algún tiempo... A la verdad, yo tengo el corazón lleno de amargura y el caso no es para menos :

hace precisamente un momento que acabo de distribuir un poco de carne en conserva á varias familias que han hecho un viaje de varios días para venir hasta aquí : ¡ pobre gente ! la falta de alimento los tiene desfigurados y sin fuerzas : los que causan más pena son los chicos ! »

#### LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE WASHINGTON

El 24 de mayo tuvo lugar en Wáshington la ceremonia de la colocación de la primera piedra de la Universidad católica de los Estados Unidos.

El Señor Cleveland, presidente de la República, asistió á esta solemnidad, ofreciendo un magnífico espectáculo la entrada en el salón, donde se habían preparado los refrescos, del Presidente y del cardenal Gibbons dándose el brazo, y siendo recibidos al grito de : ¡ Viva Cleveland ! ¡ Viva el cardenal Gibbons !

El rector de la Universidad católica es Mons. Keane. Además de la donación hecha por la señorita Caldwell (1 500 000 francos), se citan algunas parroquias de Filadelfia que han enviado en junto 96 000 dólares (480 000 fr.). Baltimore y Wáshington han dado ya más de 150 000 dólares (750 000 fr.); Louisville ha contribuido con 10 000 dólares (50 000 fr.) y Chicago con 20 000 dólares (100 000 fr.). Mons. Keane espera que en un año habrá realizado el capital necesario para que la Universidad quede definitivamente fundada y puede funcionar indefinidamente.

La Universidad católica abrirá probablemente sus puertas en el mes de noviembre de 1889, celebrando así el centenario del establecimiento de la jerarquía católica en los Estados Unidos por el nombramiento del primer obispo católico, Mons. Jonh Carroll, íntimo amigo de Wáshington y de Franklin.

## OCEANIA

#### LA ISLA DE TONGA

El R. P. Emiliano Thomas, marista, misionero en Tonga, escribía á su familia el 10 de marzo último :

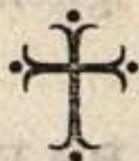
« Escribo á Vds. desde Tonga, pueblo que Mons. Lamaze ha habitado por espacio de diez y siete años antes de ser nombrado vicario

apostólico. Nuestra residencia está situada á corta distancia del mar, donde disfrutamos de un agradable y puro ambiente. Nuestra casa, que es enteramente de madera, nos sirve á la vez de palacio episcopal. Al lado está el colegio, de cortas dimensiones y de estilo del país, frecuentado por veinticinco estudiantes. Tenemos además en la aldea una escuela dirigida por un maestro indígena. Como algunos alumnos del colegio están llamados á ser más tarde maestros de escuela, ó quizá catequistas, se les instruye con preferencia en la religión, y el resto de la enseñanza comprende la lectura, la escritura, la aritmética, la historia, la geografía, con algunas nociones de geometría, de física, de historia natural, de dibujo, de música y de astronomía.

« Nuestra iglesia es magnífica. En 1879 Mons. Lamaze había construido una bonita iglesia de manera, que le costó no poco tiempo, trabajo y dinero. Mas hé aquí que dos meses después de estar concluida vino un huracán que lo derribó todo. Con los materiales en ruinas se levantó la casa que yo habito y se tomó la resolución de edificar otra iglesia de piedra capaz de resistir á cualquier huracán. No hay duda que esta era ardua empresa en un país donde se carece de los útiles necesarios y de obreros entendidos; pero con la gracia de Dios y la buena voluntad de nuestros católicos, se consiguió terminarla en menos de seis años. Del mar se han extraído todas las piedras, arrastrándolas luego y labrándolas con el auxilio de nuestra gente.

« En general los habitantes de Tonga son buenos mozos, bien parecidos y robustos, y, á pesar de su color claro oscuro, su fisonomía es agradable y revela buena inteligencia. En lo moral, son afectuosos y muy suaves, pero inclinados á la pereza, lo cual no tiene nada de extraño si se atiende al calor del clima y á la exuberancia del suelo... »





# Necrología

**Monseñor LYNCH**

ARZOBISPO DE TORONTO

Mons. Juan José Lynch murió el 12 de mayo á los dos días de enfermedad. El 10 administraba el sacramento de la confirmación y el 12 á la una de la madrugada entregaba su alma al Redentor.

Nació este prelado en Clones, en el condado de Monagham (Irlanda), el 6 de febrero de 1816, y en 1837 entró en el seminario de los Lazaristas, de París, y se hizo miembro de la familia espiritual de San Vicente de Paul. Fué ordenado sacerdote en 1843 y dió las primicias de su ministerio sacerdotal á sus mismos compatriotas. En el mes de junio de 1847, pasó á los Estados Unidos, trabajando un año en Texas, luego en Missouri y por fin en Canadá.

Mons. de Charbonnel le pidió á la Santa Sede como coadjutor en 1859 y poco después, el 20 de abril de 1860, habiéndosele admitido su dimisión, le dejó toda la carga de la diócesis de Toronto.

Su actividad, su celo y caridad conquistaron todos los corazones; así que, cuando en el mes de noviembre de 1884 celebró su jubileo episcopal, tuvo el consuelo de recibir cariñosas muestras de veneración y afecto de todos los puntos de su diócesis y hasta de los mismos protestantes.

**Monseñor CHARBONNIER**

VICARIO APOSTOLICO DEL TANGANIKA

El M. R. P. Deguerry, superior de los misioneros de Argel, nos escribe de Maison-Carrée el 9 de junio :

« Por un telegrama de Zanzibar acabamos de recibir una dolorosísima noticia. Mons. Charbonnier, obispo de Utique, vicario apostólico del Tanganika, ha fellecido el 16 de marzo último de una crisis de hepatitis. Nuestro venerable colega ha entregado su alma á Dios en Karema (Tanganika), poco después de volver de su consagración episcopal, que, como Vds. saben, se celebró en San José de Kipa'apala, en el Unianiembe.

« Esperamos recibir más tarde los detalles de este doloroso acontecimiento que priva á la joven iglesia de Tanganika de un jefe probado y experimentado. »

### Señor BAUDON

MIEMBRO DEL CONSEJO CENTRAL DE LA PROPAGACION DE LA FE

Encomendamos á las oraciones de los misioneros y de nuestros lectores el alma de D. Adolfo Baudon de Mouny, miembro del consejo central de Paris, muerto el 9 de junio en el castillo de Ris, diócesis de Limoges.

Nadie ignora el distinguido puesto que ha ocupado en todas las obras católicas este cristiano eminente. La mayor parte de su tiempo la empleaba en la obra de las conferencias de San Vicente de Paul, de la que fué presidente general por espacio de cuarenta años; pero sin dejar por eso de interesarse vivamente por la prosperidad de nuestra Obra, tomando parte durante muchos años en los trabajos del Consejo central de Paris.



## Partidas de Misioneros

El 27 de junio partió de Marsella Mons. Vidal, Marista, vicario apostólico de las islas Fidji, acompañado de tres misioneros de la Sociedad de María y cuatro religiosas maristas.

— En el mismo navio se embarcó Mons. Navarre, de la Sociedad de los misioneros del Sagrado Corazón de Issoudun, vicario apostólico de la Melanesia y administrador de la Micronesia. Este prelado iba acompañado del R. P. Eugenio Thomas, de la diócesis de Puy; de dos hermanos escolásticos, de cinco hermanos coadjutores y de cuatro religiosas de la Congregación de las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de la casa de Issoudun.

— El 1º de julio se embarcaron en Marsella para la Nueva Bretaña los RR. PP. Hartzer y Goutherland, misioneros del Sagrado Corazón de Issoudun.

*Le Gérant, TH. MOREL*